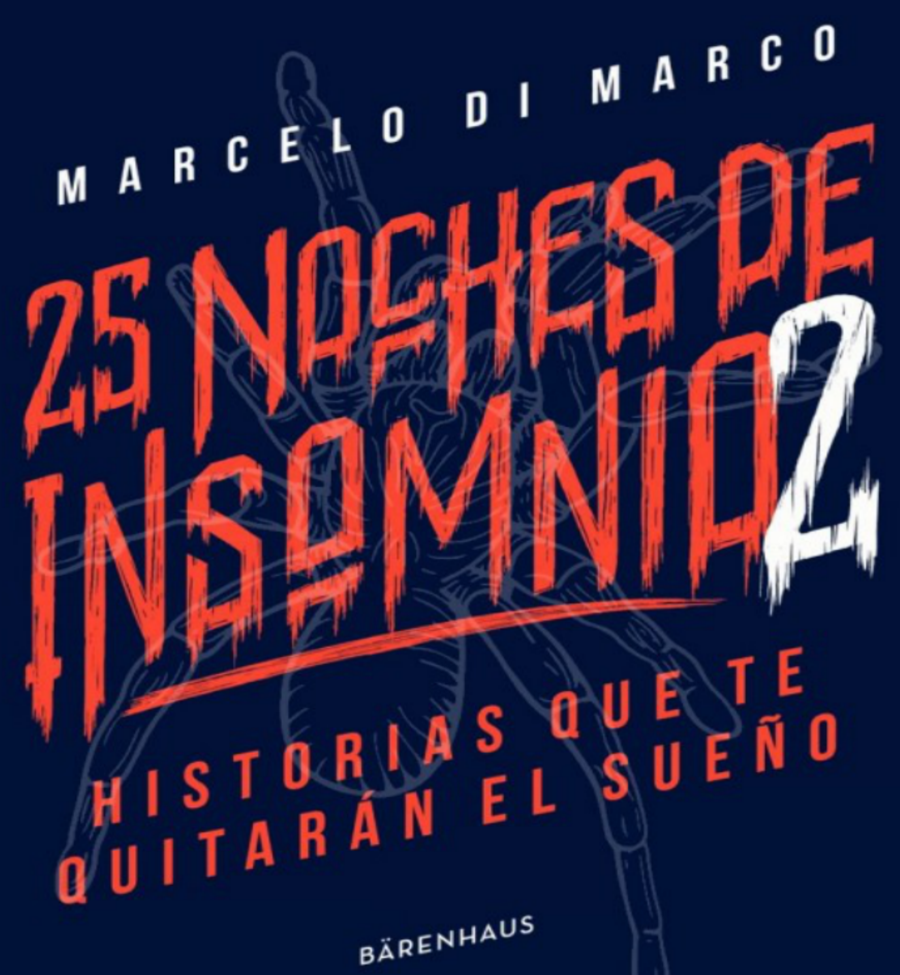

MARCELO DI MARCO
25 NOCHES DE INSOMNIA 2
HISTORIAS QUE TE QUITARÁN EL SUEÑO
BÄRENHAUS

25 NOCHES DE INSOMNIO 2

HISTORIAS QUE TE QUITARÁN EL SUEÑO

MARCELO DI MARCO

MARCELO DI MARCO

25 NOCHES DE INSOMNIA 2

HISTORIAS QUE TE QUITARÁN EL SUEÑO

BÄRENHAUS

Marco, Marcelo di
25 noches de insomnio 2 / Marcelo di Marco. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Bärenhaus, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4109-39-2

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Corrección de textos: Florencia di Marco y Marina di Marco
Diseño de cubierta e interior: Departamento de arte de Editorial Bärenhaus S.R.L.



Publicado bajo el sello Bärenhaus
Quevedo 4014 (C1419BZL) C.A.B.A.
www.editorialbarenhaus.com

ISBN 978-987-4109-39-2
1º edición: diciembre de 2018
1º edición digital: agosto de 2019

Conversión a formato digital: Libresque

SOBRE ESTE LIBRO

Una tarde de hace diez o quince años, Marcelo di Marco sacó un libro de su biblioteca y me mostró una dedicatoria de Abelardo Castillo. Seguramente conserva ese libro en perfecto estado, y todavía lo descuelga del anaquel más alto para compartirlo entre amigos. La dedicatoria decía, con las omisiones y ajustes que me depara la memoria: Para Marcelo di Marco, el único que reconozco que rivaliza en mi amor y conocimiento por Edgar Allan Poe.

En este segundo tomo de *25 noches de insomnio* late el espíritu inmortal de Poe, con los monstruos que conoció Poe, pero también con los monstruos de la modernidad. Porque Di Marco es un hombre de estilo clásico, con cuentos que honran lo mejor de la tradición del cuento; pero es también un hombre de acción que se involucra para darle batalla al presente. Hay violencia y cinismo en estas páginas oscuras que nos hablan de horrores sobrenaturales y cotidianos. Sus cuentos nos incomodan y nos causan placer a la vez. Temblamos de gozo y de miedo. Marcelo di Marco escribe terror para mostrarnos que los verdaderos monstruos, sin importar las épocas o las máscaras, son siempre el mismo.

MIGUEL SARDEGNA

SOBRE MARCELO DI MARCO

Marcelo di Marco (Buenos Aires, 1957) es uno de los autores más representativos de su generación. Ha publicado seis libros de poesía, cinco de ensayo, y estos cuatro títulos de narrativa de horror psicológico y sobrenatural: *El fantasma del Reich* (relatos, 1995), *Victoria entre las sombras* (novela, 2011), *La mayor astucia del demonio* (relatos, 2016) y *25 noches de insomnio* (relatos, 2017). En 2005 fundó *La Abadía de Carfax*, círculo de escritores de horror y fantasía. Amante del cine, la ópera, los gatos, los viajes y la literatura intensa, vive con su esposa, Nomi Pendzik, en un caserón de Palermo Viejo. Es Campeón Nacional de Rifle, Maestro Tirador y experto en armas blancas, y desde 2013 dirige el canal de YouTube *Taller de Corte y Corrección*, con tips de escritura, entretenimiento y estilo.

Hay ciertos secretos que no se dejan expresar. Hay hombres que mueren de noche en sus lechos, estrechando convulsivamente las manos de espectrales confesores, mirándolos lastimosamente en los ojos; mueren con el corazón desesperado y apretada la garganta a causa de esos misterios que no permiten que se los revele. Una y otra vez, ¡ay!, la conciencia del hombre soporta una carga tan pesada de horror que sólo puede arrojarla a la tumba. Y así la esencia de todo crimen queda inexpresada.

EDGAR ALLAN POE

¿Qué es uno menos? ¿Qué significa una persona menos en la faz del planeta?

TED BUNDY

Dales placer. El mismo que consiguen cuando despiertan de una pesadilla.

ALFRED HITCHCOCK

MORDERTE LA LENGUA

—Por qué no se morderá la lengua esta mina —me dijo Claudia en voz muy baja y señalando con el pulgar a la pareja de la mesa de al lado, a la derecha de nosotros: ahí las cosas habían empezado casi sin que nos diéramos cuenta, pero ahora era imposible ignorar la situación.

—¿Qué se siente ser un magnífico *cornuto*? —desbarraba la tipa, que apuntaba hacia delante con su busto semejante a una proa, por encima de la mesa—. Un *cornuto* como en la de Gassman, eh. —Arrastraba las palabras, y en voz lo suficientemente alta como para que todo el minúsculo restorán la oyese—. Y ojito, que de vos no hablo. ¿Vos sabés que no hablo de vos, mi amor, no es cierto? ¿Bicho?

—Por supuesto que no hablás de mí, mi amor. —El Bicho trataba de salvar la ropa como mejor podía. Sacó la billetera y dijo, mostrándosela—: Dejame pagar la cuenta y…

—… y las pelotas, nene. ¿Qué pensás pagar vos, si no tenés un puto mango? Nunca tiene un puto mango el vivo de mi marido. —Esto lo dijo hablando a uno y a otro lado, y tengo por seguro que cada mesa recibió en estéreo tal interesante anuncio—. Dejá que hoy vuelva a tarjetear con la American que me banca mi viejo, a ver si llegamos a fin de mes por una vez en la puta vida. Maricón.

Olvidados del streusel de manzanas que compartíamos, olvidados cada uno de nuestras cucharas de postre, que habíamos dejado en el aire, Claudia y yo veíamos y escuchábamos en detalle cómo aquella borracha se iba volviendo cada vez más borracha, y cómo el pobre tipo se iba volviendo cada vez más pobre tipo. Los teníamos a menos de dos metros, y yo alcanzaba a ver de perfil al hombre, bastante mayor que la otra idiota: sentado frente a ella, simulaba sonreír mientras miraba de reojo a los costados, acaso con la ilusión de que nadie los estuviese viendo y escuchando. Absurda ilusión, porque no había cómo no verlos y escucharlos: apenas una decena de mesas tenía el Escher Platz, al que íbamos por primera vez, siguiendo el consejo de un amigo. Hasta un par de pinches, de esos inconfundibles aprendices del chef, se habían asomado por la puerta que daba a la cocina, con las caras brillantes de sudor y acomodándose los pañuelos blancos atados al pescuezo.

Pero el conflicto no parecía terminar en lo inmediato, y la situación contrastaba con aquel pacífico sitio arrancado de la Europa eterna: paneles de pura madera en las paredes, sillas vienesas, afiches con laberintos y cintas de Moebius, manteles a cuadros y tulipas de alabastro.

Y, al primer chillido de la tipa, se ve que el maître juzgó prudente y necesario tomar cartas en el asunto: se acercó a la mesa, los bigotes erizados, y con una mano recibió el efectivo que le entregaba el Bicho, y con la otra levantó firme y delicadamente a la borracha, sujetándola del codo. Ganada por lo inesperado, la borracha no pudo ni reaccionar —al alzarla, tintinearon los magníficos brazaletes dorados y la pedrería que le colgaba de las orejas—, y así fue llevada hasta la calle, con magistral profesionalismo. Y un conato de aplauso fue ahogado por las risas provenientes de varias mesas, a modo de despedida. Y el marido marchaba atrás de su mujer y del maître, con la misma expresión avergonzada de John Cazale en la segunda parte de *El padrino*, cuando Al Pacino les ordena a un par de monos de su custodia que saquen de la pista de baile a la indómita esposa de su hermano mayor. Pobre Fredo. Pobre Fredo y pobre Bicho.

—Qué papelón —dijo Claudia volviendo a hundir la cuchara en el streusel—. ¿Cómo se puede ser tan quilombera?

—Se puede ser tan quilombera —dije con total convicción, sin tomar mi parte del postre: parafraseando el comienzo de *El cazador oculto*, la asquerosa escena acababa de arrastrarme a la memoria asquerosas imágenes de mi asquerosa infancia.

—Yo no sería tan asertiva, Agus. —Claudia sonrió, sacó de su cartera un espejo, y con la punta de la servilleta se limpió un rastro blanco que la crema le había dejado en el labio. Después brindó con su copa en el aire y se mandó un buen trago del Luigi Bosca Rosé que yo había ordenado para acompañar el streusel.

Me pregunté si sería conveniente contarle lo que me estaba germinando en la cabeza desde que había empezado El Show de la Loca de Mierda, minutos atrás. ¿O sería mejor comentarle nomás que la borracha en cuestión le había pifiado al referirse a Vittorio Gassman como actor de *El magnífico cornudo*, y pasar a cualquier otro tema?

—Vaya a saber de dónde la conocía la tipa —dije.

—¿A quién, Agus?

—A la película. Hugo Tognazzi trabajaba, no Gassman.

—¿De qué hablás?

—Nada, boludeces mías. —Ma sí, me dije. Yo le cuento. Si pensamos casarnos, mejor que Claudia no ignore nada de mi vida—. ¿Sabés? Cuando vi la segunda de *El padrino* terminé de entender qué había pasado una noche, en la casa de mis tíos de La Lucila. No

recuerdo qué se festejaba, porque esto que te cuento pasó hace mil años, y yo era muy chico. Pero sí me acuerdo que ahí estaba toda la familia.

—Me contaste que eran unos cuantos.

—Ya los vas a ir conociendo.

—Por mí…

—No seas mala. Te van a gustar, son tanos como los de antes. ¿Viste esos familiones tanos que se juntan a festejar Año Nuevo, con la mesa larga en el patio? Todavía nos quedan parientes que hablan en italiano y todo.

Puso los ojos en blanco. Dijo:

—No quiero ni imaginármelo, Agustín. Aparte deben de ser todos fachos rajados de cuando la democracia volvió a tu querida Italia.

Había momentos en que desconocía a la que iba a ser mi esposa, y este era uno de esos momentos. Me reí a pesar de la incomodidad.

—La nonna y el nonno se conocieron en un conventillo de La Boca —dije—, mucho antes de que Mussolini tomara el poder, allá en el *paese*.

—¿Qué viene ahora? —Claudia se puso seria—. ¿Otra clase de historia? Mejor contame de aquello que te pasó de chico. Lo de La Lucila. Decías que estaba toda la familia, y que eran un montonazo de gente.

—Tal cual. Mi abuela había tenido una legión de hermanas, y todas se casaron y le dieron a mi papá quinientos primos. Toda la familia estaba. Incluso estaba un hombre de traje, a quien yo no había visto jamás.

—Capaz que en otra reunión lo pasaste por alto.

Negué con la cabeza. Pero no sé si Claudia me registró, ocupada en aprovechar los últimos rastros del postre. Y dije:

—Jamás lo había visto en ningún encuentro familiar. Me llamó la atención que estuviera de traje en medio de mis parientes, que se vestían de cualquier manera.

—Como todo el mundo.

—Sí, Clau, como todo el mundo. Lo que quiero decir es que se notaba a la legua que el tipo trajeado era un tipo muy formal. No lo recuerdo muy bien, pero supongo que las tres mujeres con las que fue eran la mujer y las hijas. Dos hijas, sí. Que no abrieron la boca en toda la no…

—Chito la boca. —Ella me interrumpió con un gesto y se dio vuelta: de la mesa de la ventana que daba al Pasaje de la Piedad venían voces airadas. No se llegaba a entender, pero era claro que discutían. Y fuerte. La tenue luz de las tulipas de alabastro electrizaba de furia las caras de los dos.

—Otra pareja que se ama con locura —dijo Claudia, haciendo como que se ajustaba un tornillo en la sien, con el breve mango de la cuchara.

—Otra pareja —repetí, y dando un vistazo de un extremo a otro del Escher Platz me di cuenta de algo bastante curioso: todas las mesas estaban ocupadas por parejas. De hecho, todas las mesas de aquel lugar minúsculo eran para dos, aunque ninguna estaba ocupada por personas del mismo sexo, o por un solo cliente. Pensé en comentárselo a Claudia, pero no quise perder el hilo del relato.

—Creo que fue la formalidad del tipo lo que hizo que mi madre se cebara.

—¿Se cebara? ¿En qué sentido?

—Se engolosinó verdugueándolo. Delante de toda la familia de mi viejo lo bardeó, y delante de la mujer y de las hijas del tipo. Se levantó las polleras y todo, y no había quien pudiera controlarla. En esa época lo más importante para ella era simular ser una "mujer moderna". Y la idea que tenía de la modernidad pasaba por la desinhibición sexual. Y por darle al tinto. Una noche, estaba tan borracha después de enterarse de la muerte de una amiga, que me bailó en camisón. Y en el living. Puso en el Winco *El lago de los cisnes*, a lo mejor porque la amiga muerta era una compañera del colegio a quien le encantaba el ballet, y ahí nomás se mandó a mover el culo delante de mí y mis cinco o seis años. Fue grotesco, aunque yo todavía no conocía esa palabra ni el concepto. Pero fue grotesco, por decirlo suave. Mi viejo ya se había ido a dormir. Siempre dormía mi viejo, aunque estuviera despierto.

—Así que a tu vieja le gustaba exhibirse.

—Yo era tan chico que no sabía que esas cosas no se hacen. Salvo que vos quieras que tu hijo se vuelva loco. O puto.

—Toda una precursora, tu vieja —dijo Claudia, siempre con los ojos bajos—. Deberías morderte la lengua antes de hablar mal de ella.

—No se trata de hablar mal o de hablar bien, Clau. Es lo que pasó. —Me interrumpí para mirarla, preguntándome si acababa de hablarme en serio. Y estaba por preguntárselo cuando los rumores de guerra que venían de la mesa de la ventana lindante con el pasaje se hicieron más audibles. Y la que levantaba la voz era la mujer: una cincuentona gorda y rubia, de rodete, con pliegues de grasa marcados como canelones en la generosa nuca. Vi que el hombre de la pareja le hacía al cajero —ni el mozo ni el maître estaban a la vista— la seña de firmar: quería cortar como fuese el rollo de aquella energúmena, pagar de una vez y rajarse del Escher Platz.

Al volver la vista a Claudia vi que había sacado de la frapera el Luigi Bosca: sin envolver la botella con el repasador, estaba

sirviéndose ella misma otra copa, y el agua chorreó por su zona del mantel.

—¿Y que le hacía tu vieja al tipo de traje? —preguntó con sorna—. ¿También le bailó en camisón?

Juzgué prudente no contestarle nada. Y recién ahí caí en la cuenta: era la primera vez que la veía tomar un poco de más. En realidad, en esta cena venía tomando *mucho*.

—Hola, señor formal —dijo, mirándome a los ojos y moviendo los hombros, y eso hizo que el busto se le bamboleara a un lado y a otro. Noté de reojo que la pareja de la izquierda nos miraba sin disimulo.

—¿Querés que pague ahora, Clau, y vamos para tu casa?

—No sé. Vos sos el hombre, ¿no? Decidí vos. —Lo pensó un poco, y después de terminarse la copa de un trago volvió a la carga—: ¿Y qué le hizo delante de todos tu mami al señor formal? ¿Se le arrodilló adelante? ¿El tipo estaba sentado en un sillón, y ella se puso a desabrocharle…?

Y estaba por responderle cualquier cosa, ya cansado de sus desconsideraciones, cuando un estruendo a vidrios rotos vino de la mesa de la ventana.

—¡La puta que te parió! —gritó la gorda rubia con la voz patinándole y ahora parada en medio de un mar de añicos de cristal, y entonces violentamente se abrió la puerta de la cocina, y el maître salió al ruedo como un toro de Miura y con los crueles bigotes más erizados que antes.

—Qué lugar más cool te recomendó Rocco —dijo Claudia, con la bestia gastronómica haciéndole vientito al pasarle al lado. Y se quedó con la boca abierta cuando el maître descargó un puñetazo sobre la cabeza de la rubia, un mazazo que ni el esponjoso rodete pudo amortiguar: la gorda cayó al suelo cuan redonda era. Ahí los aplausos que recibió el maître fueron más notorios, incluso el acompañante de la tipa lo aplaudió. El maître se acomodó el moñito negro, se emprolijó el jopo, le dio la mano al hombre, que agachó la cabeza, y se volvió para la cocina. Al rato salieron aquellos dos pinches, quienes levantaron a la jamona, y seguidos del marido —o lo que fuese de la tipa aquel ser digno de toda compasión— se mandaron para la vereda.

—Otro episodio de violencia de género —dijo Claudia, ahora en tono displicente pero subiendo la voz cada vez más—. ¿Viste cómo le quedaron clavados los vidrios rotos cuando la levantaron del piso, pobre mujer? Deberías haber intervenido.

—¿En qué debería haber intervenido?

—Ojo, compañero —me dijo súbitamente el tipo de la mesa de al lado—, que esta noche parece que venimos mal.

Lo miré, y estaba a punto de decirle a usted qué carajo le importa

cuando Claudia se pasó el dorso de la mano por la boca, como si estuviera en una taberna medieval, me escrutó con unos ojos reptilianos que yo nunca le había visto y gritó, solemne:

—¡Te faltan huevos, Agustín! ¡Un hombre en serio no permitiría que le hicieran semejante cosa a una mujer!

—Qué estás dic…

—… ¡QUÉ HARÍAS VOS SI UN MONO DE DOS METROS DE ALTURA VIENE A ESTA MISMA MESA A ENCAJARME UNA PIÑA, EH! ¡PUTO! ¡CAGÓN!

Una estruendosa carcajada provino de la mesa de la izquierda, y como si se tratara de un fuego de artificio fue estallando mesa tras mesa, hasta que una risa ofensiva, sardónica, desbordó el Escher Platz.

El maître no se hizo rogar: se nos vino a toda máquina, con algo metálico brillándole en la mano, y cuando estuvo junto a Claudia le disparó a quemarropa, directo a la cabeza. Prácticamente fue a bocajarro, en la sien. La misma sien en que ella se había hecho el gesto de atornillar con la cuchara. El estruendo hizo vibrar todo el Escher, y la presión hidráulica hizo lo suyo: la cabeza de Claudia estalló como una sandía, y la sangre empapó de rojo hasta el último rincón.

—Smith & Wesson 500 —explicó el maître, exhibiendo su arma ante el frenesí de los comensales, quienes, todos de pie y obviamente mirando hacia nuestra dirección, más parecían delirantes espectadores de un coliseo—. Tal vez el calibre más poderoso que hay en plaza, para armas de puño. Sepan aceptar mis disculpas, si el estampido provocó más de una dolencia auricular.

Enseguida los dos pinches, bajo las órdenes del maître, se llevaron el cuerpo sin vida —y sin cabeza— de mi ex prometida. Nimbado por los aplausos que refulgían como despedida póstuma, yo los seguí hasta la vereda. Me dije si no hubiera sido mejor morderme la lengua al querer hablar sobre mi terrible madre. Pero hoy me permito ponerlo en duda.

A los dos días, después de las exequias, me llamó Rocco. Rocco, aquel amigo que me había aconsejado el Escher Platz. Y lo primero que me dijo fue:

—¿Viste qué buena recomendación que te di, Agus? El restorán más adecuado para tu situación sentimental. —Asentí, y después de una pausa agregó, categórico—: No hay vuelta que darle, mi viejo: yo siempre supe que esa mina no era para vos.

UN APLAUSO PARA EL ASADOR

—¿Te pasa algo, Boris? —le preguntó Esther al pedorro, sin mirarlo, mientras cortaba una zanahoria sobre la tabla de picar. Con más de veinte años de convivencia lo conocía más que a sí misma, y era evidente que algo bastante serio lo andaba preocupando. Y, si lo que lo andaba preocupando era *aquello*, según ella lo sospechaba —qué otra cosa que no fuera *aquello* lo tendría así de angustiado, si no—, resultaría bastante divertido ver con qué mentiras le saldría. Como fuese, el pedorro no exhibía el estado de ánimo más conveniente para disfrutar el estreno del quincho abierto que habían terminado de construir la semana anterior. El mismo quincho bajo el que, en poco más de medio año, sucederían cosas maravillosas. Las cosas que suceden en toda familia de verdad. Un quincho nuevo y una casa con pileta no le sirven para nada a un matrimonio sin hijos ni amigos, ¿no?

Era un mediodía de brillante primavera. El sol hacía vibrar de un verde eléctrico la ligustrina y quería incendiar la paja del flamante bungalow, levantado a tres metros de la pileta perimetrada de material atérmico. En contraste con el calor, el aire bajaba en generosas ráfagas de ese cielazo bien celeste y corría libre por el parque de la casa, ayudando bastante en la combustión de la madera dispuesta bajo la nueva parrilla.

—¿Está todo bien, querido?

No, se dijo Boris. No está todo bien. Para nada bien. Y, ante la insistencia de Esther, se decidió a tirar cualquiera:

—¿Te acordás de la colo que hice el jueves? —dijo, arrimando carbón.

Esther interrumpió el trabajo con el cuchillo, y miró los dos pedazos de zanahoria que le faltaba rebanar. Y lo miró a él, poniendo cara de otra-vez-vos-con-tus-benditas-colonoscopías-cuando-estamos-por-comer.

—Era un tipo de unos cincuenta y pico —dijo Boris sin acusar recibo, removiendo con el atizador—. Vino con la mujer, según contestó cuando mi asistenta nueva le preguntó con quién vino de acompañante. Cuando el anestesista le preguntó a qué se dedicaba,

mientras lo estaba durmiendo, el tipo dijo que era un investigador de no sé qué cazzo.

—¿Un detective, querido? Qué apasionante. Hacete amigo, que siempre conviene tener un amigo en la Policía.

Él la miró.

—No, nada que ver con la Policía —dijo, y se dio cuenta de que el fuego necesitaba ayuda. Dobló el diario y se puso a apantallar con todo. Las llamas incipientes largaron un chisporroteo, y un irritante proyectil encendido le alcanzó la pelada—. Enseguida el tipo aclaró que escribía para publicaciones en internet —siguió diciendo, después de sacudirse de la coronilla la brasita—. Me llamó la atención, porque todo el mundo contesta "empleado". Este no.

—Y en qué investigaciones se especializaba el tal investigador.

—No pudo terminar de decirlo.

—¿Otro que se quedó en la anestesia? —Esther retomó el trabajo con el cuchillo, sonriente. Le gustaba cortar los ingredientes de la ensalada a menos de un milímetro de espesor, cosa de que sus rodajas de tomates, zanahorias y palmitos alcanzaran la máxima transparencia. Todo un arte.

—No, Gorda. Ya te dije que algo así es rarísimo que pase. Es un caso en doscientos mil. En toda mi carrera, jamás conocí a ningún anestesiólogo a quien se le muriera un puto paciente. El tipo se quedó frito de dormido. Para qué, pobre tipo.

Y Boris siguió con la sanata, abundando en detalles horrendos —a ver si la otra se dejaba de joder con tanta pregunta— acerca de la ristra de tumores malignos que supuestamente le había detectado al tal investigador. Cuando terminó con su relato, por lo menos la otra se quedó callada. Callada y cortando su ensaladita de mierda. Sin ganas de seguir sonsacando, ante una historia tan dolorosa.

Puras mentiras, desde luego. Lo que en realidad lo tenía preocupado a Boris —angustiado más que preocupado, y anonadado más que angustiado— era que la muy estúpida de Rocío se había descuidado con las pastillas, y ahí estaban las terroríficas consecuencias: un pendejo. Y él no era ningún estúpido, claro que no: desde hacía semanas sospechaba que la guachita las había dejado de tomar a propósito. ¿Qué pretendía? ¿Chantajearlo? ¿Obligarlo a que largara a la Gorda? Como si un matrimonio de veintipico de años pudiese cortarse así como así. De terror.

Y lo más terrorífico: no había manera de que su asistente accediese a practicarse un aborto. De eso no cabía la mínima duda. ¿No había modo de convencerla? No, no había modo de convencerla: lo último que le había dicho Rocío, antes de desaparecer, era que estaba empecinada en tener al chico —o a la chica, o a lo que mierda fuese

—. Encima la guacha se había vuelto inhallable. Si hasta renunció a la clínica y todo, y se borró del Face y de WhatsApp, y la línea de su celu sonaba muerta. Dos días atrás, él había recibido un escueto mensaje, proveniente de una casilla desconocida: estamos en contacto papi habrá novedades. Qué hijas de puta que podían llegar a ser las minas, Dios nos libre.

Y el tiempo corría. ¿Hasta cuándo lo podrían ocultar?

Ma sí, se dijo Boris. Mañana será otro día.

Y se dispuso a darle vueltas a la roldana, para bajar la parrilla: pronto obtendría brasas suficientes.

A Esther, cuchillo en mano, le dio un poco de pena verlo así, con la nuca colorada de los nervios y dándole vueltas a la manija de la parrilla nueva. Y bueno. Que aprovechara los pocos meses que le quedaban de estar en la casa, el pobre, con lo que le gustaba hacer asados.

Sacó del fuentón una planta de lechuga mantecosa, la escurrió, la puso sobre la tabla de picar y empezó a cortarla en juliana. Se ufanaba de su destreza para cortar finito, pero sabía que pronto tendría otro motivo para sentirse orgullosa de sus habilidades gastronómicas. Seguramente aprendería a hacer los asados mejor que el pedorro y todo. A Rocío y al hijito de las dos les encantarían, claro que sí.



EL ÁLBUM Y LA JOVEN MADRE

Trataba de avanzar con el cuento “Cordero asado”, de Roald Dahl, pero no podía concentrarme en leer los planes de aquella embarazada que acababa de partirle el cráneo a su cruel marido. Porque me llamaba la atención esta otra madre. La había visto subir en Papagayos, mientras uno de los choferes la ayudaba cargándole el bolso. La chica ocupaba con su bebé dormido un asiento doble, a dos filas adelante de la mía, y desde mi asiento, ubicado sobre una especie de pedestal, podía ver cómo se entretenía con su smartphone pasando foto tras foto.

Me dije que no estaba bien espiar a la gente, y menos en una situación tan personal. ¿Qué me importaba a mí la vida de una extraña? Aunque… al ver las fotos que iba pasando a cada desplazamiento del pulgar me guardé mis escrúpulos. Al principio pensé que eran de su bebé, obviamente, porque en todas había un único tema: un bebé de días, en blanco y negro. Y después me di cuenta de que en las fotos —no eran fotos, comprobé aguzando la vista, sino típicos daguerrotipos del siglo XIX— aparecían personas de toda edad. También me di cuenta de otra cosa, que me puso piel de gallina: los daguerrotipos representaban escenas mortuorias, de la época en que los destrozados deudos trataban de inmortalizar en actitudes cotidianas a sus queridos familiares. Yo ya había visto en Google imágenes semejantes, y estas me parecieron mucho más tenebrosas al contrastar con el verdor del paisaje serrano, hecho de pura luz.

Con la cortina de la ventanilla protegiéndome del sol, al rato me quedé dormido.

Me despertó una voz de hombre: el chofer anunciaba una parada de cinco minutos. Al abrir del todo los ojos, reconocí la terminal de Río IV.

Vi que la joven madre se bajaba del micro. Me acerqué a la ventanilla y descorrí discretamente la cortina.

La chica ya dejaba la estación. Nadie había ido a recibirla. El bebé, en sus brazos y de cara a mí, seguía absolutamente quieto.

¡BERP!

Entró en el departamento y cerró de un portazo, recontracaliente por la discusión absurda que había tenido con la pelotudita esa, una hora atrás. Para qué carajos habría aceptado ir a la reunión. ¿Para verles las mismas caras de orto a sus viejos compañeros de la secundaria, fracasados de mierda? Encima hubo quienes cayeron con la mujer y todo. Bagayos de culo achanchado, por supuesto, meta parlotear y mandarse la parte como todas las viejas amargadas y celulíticas, a quienes lo único que les queda es aparentar.

La que sí estaba buena era la pelotudita en cuestión. La novia del Flaco Brunetta, a la que el otro le llevaba más de veinte años. La psicóloga “recién recibida en la Kennedy”. La hija, parecía.

Era bien tarde, pero a él no le importó haber hecho ruido con la puerta: ningún vecino tenía los huevos suficientes para animársele. En cuanto al Máster, nada alteraba su estado de obesa contemplación, siempre adentro de la bañadera, a la que con los años había convertido en su hábitat, ganado por derecho propio a base de mantener el departamento libre de roedores, cucarachas y cualquier bicho que anduviera en cuatro, ocho, cien o dos patas. El Máster era un fenómeno, su único amigo.

Se miró en el espejo del hall mientras se sacaba la campera, que ya le estaba quedando chica. Qué paradoja: él, tan grandote, y la enana esa mirándolo desde arriba mientras le daba cátedra delante de todos. Y el Flaco Brunetta no le decía nada.

—Dejá de darte manija, Osvaldo —le dijo a su propia imagen.

Pero era imposible no darse manija. ¿Nunca le explicaron a la taradita esa que es una falta de ética ponerse a interpretar fuera del ámbito profesional? Qué humillación, por favor.

Aunque, en realidad, la pendeja no había interpretado nada.

Lo único que había hecho fue asegurarle —y sostener sus afirmaciones durante media hora, eso sí, y bien fuerte— que el relato de él era sólo eso: un relato. Y un relato inventado. Le parecía estar oyéndola: “Es imposible que alguien pueda conservar en su memoria hechos que supuestamente le ocurrieron a los dos o a los tres años, Alberto. Te lo deben de haber contado tus padres”. No fueron esas sus

palabras, pero sí la idea. Y, para colmo, él tuvo que aguantarle el tuteo, pendeja irrespetuosa, y que le confundiera el nombre. Y Brunetta, como si oyese llover. Y no había cómo explicarle a la minita que él lo había vivido todo, y bien vívidamente. No se lo estaba armando a partir de algo que le contaron los viejos. Si hasta podía oler el humo de las hojas quemadas. Y ahí estaba el Máster, para corroborar lo dicho. ¿No era posible, acaso? ¿Un hecho que le provocó a uno semejante terror no puede quedar grabado en la memoria para siempre, tal como sucedió? No, no había caso: la minita de Brunetta era irreductible. Por eso él había optado por mandarse a mudar y chau.

Meó en el toilette del hall —a altas horas de la noche evitaba el baño grande, para no perturbar al Máster—, en el dormitorio se puso el piyama y se calzó las pantuflas, y después fue a la cocina a calentar un tazón de vino. Le echó un clavo de olor y una rama de canela. Le agregaría una buena cucharada de miel, de paso. Y leche. Mandándose esa mixtura, podría dormir algunas horas.

Cuando el vino ya estaba bien caliente se sentó en la soledad de la cocina. A recordar, trago a trago.

Cincuenta años atrás, él estaba dominando las piernitas, apenas. Se tropezaba a cada rato, pero se empeñaba en explorar. Habían ido a visitar el club al que los viejos pensaban asociarse para jugar al tenis. Lo que estaba por suceder sucedió a un costado de la cancha de rugby del club. Eso sí se lo contaron cuando preguntó, años después del hecho, qué habían ido a hacer los viejos y él a un lugar tan grande y con tanto pasto. Y con tanto frío, y bajo un cielo de nubes.

Los viejos se distrajeron —habían llevado unos sándwiches al quincho—, y él de buenas a primeras se descubrió delante de una montaña de hojas secas, que seguramente había rastrillado alguno de los de Mantenimiento. La montaña era un simple montón; pero, en esa época, él apenas les llegaba a las rodillas a los grandes: desde su punto de vista, aquello era una montaña. Y una montaña que había que escalar, de puro curioso.

Fue avanzando, inseguro, porque además las hojas no ofrecían mucha resistencia. Fue subiendo. Y los pies se le hundían. Las hojas, de tan secas, crujían a cada paso. Iban cediendo a cada paso. Y además largaban humo. Un vapor, podría ser, en contraste con el frío de esa mañana —o esa tarde— de invierno. O a lo mejor los obreros había prendido fuego a las hojas de abajo, y ahora quedaba el humo.

Algo le tocó los tobillos.

Algo frío que se movía. Miró para abajo, y entre las hojas secas descubrió por primera vez en su vida qué era el terror. Y el terror era una multitud de cabecitas con ojos negros, bien vivos. Y esos ojos muy

negros y muy brillantes lo miraban a él. Lo miraban con odio, con una maligna intención. ¿Quiénes eran? ¿*Qué* eran? Eran los habitantes de la montaña de hojas. Y estaban por defenderse del intruso.

Se mandó un buen trago del tazón.

¿Le gustaría al Máster acompañarlo? A veces él entraba en el baño, y el Máster apartaba con una pata la cortina de hule de la bañadera y asomaba la cabezota, pidiendo.

Pero no: Osvaldo estaba muy cansado por la discusión, y por la hora que se había hecho. Y, además, a la noche siguiente pensaba alimentarlo al Máster mucho mejor que con una escudilla de ponche: lo esperaba una misión para la que debería estar bien alimentado. Una excursión punitiva que él empezaba a barruntar, con el pensamiento puesto sobre todo en la evocación de aquel día espantoso.

Los sapos no lo dudaron: empezaron a surgir de entre las hojas, a saltar contra el invasor, a defender su territorio. Y él atinaba solamente a escaparse hacia arriba y adelante. Hacia la cima de la montaña, en donde lo esperaban muchas más de esas cosas horrendas y pegajosas que le saltaban encima. Y lo peor era que él no tenía la más mínima idea de qué se trataban esas inmundicias, y eso le exacerbaba el horror: el hecho de jamás haber visto, en sus dos o tres años de vida —y ni siquiera en un dibu, o en un librito de cuentos— un maldito sapo. El terror a lo desconocido, que habría de marcarlo para siempre.

Osvaldo se terminó el ponche, después de recordar cómo lo rescataron. Uno de los obreros fue. Estiró los brazos, y lo liberó de esos demonios. Así de sencillo. Después lo llevó para los quinchos, de la mano. Todavía se acuerda él de la carcajada de mamá al enterarse de lo que le había pasado con "esos pobres sapitos, señora". Hasta de la bronca que le dio se acuerda Osvaldo, demolido por la indiferencia de los grandes.

¿Así que esos eran en realidad inventos, pendeja, en lugar de recuerdos?

—¡Las pelotas! —gritó, y estrelló el tazón contra la pared.

Paró la oreja, en dirección al baño grande. En dirección al Máster.

Nada. El ídolo seguía en su contemplación inmutable, a la espera de que anduviese algún bicho cerca.

Osvaldo levantó los pedazos del tazón, limpió los azulejos. Enseguida fue hasta la campera, sacó su celular y verificó la dirección de Brunetta.

—Mañana será otro día —dijo, y se mandó para la habitación.

A tratar de dormir un poco.

A la noche siguiente, una desesperada y flamante licenciada en Psicología trata de despertar a su novio, que no hay quien lo despierte al jovato.

—¡Hay ruidos, pelotudo, no oís! ¡Hay ruidos detrás de la puerta, ahí justo!

Y el obediente novio se despierta y se incorpora en la cama, a escuchar: en efecto, hay ruidos como los que haría un gato de buen tamaño que pretendiera entrar arañando la puerta.

—Pero nosotros no tenemos gato —dice estúpidamente el novio.

Y prende el velador, que apenas echa un poco de luz en la penumbra —el jovato usa lámparas de bajo consumo, que tardan en agarrar—. Y se levanta, tambaleante del sueño.

Pero Brunetta no llega a ponerse la robe, ni a atinar a nada que no sea otra cosa que ser testigo del horror: la puerta del dormitorio cede hecha trizas, y algo gordo y redondo y espatulado se abalanza hacia la cama y se embucha de un solo lengüetazo a la sabihonda noviecita.

HOMO HOMINI LUPUS

Desde la vereda de enfrente, la sutil ferocidad de aquella galería me arrastraba a entrar en ella. Esa reja cubierta de alguna clase de hiedra venenosa, bien erizada, y sus muros venerables realzados por pinturas de barro acrílico que representaban cacerías de humanos a la luz de la luna halagaban mi sentido de la estética. Además me encontraba dentro de los límites del territorio permitido, y según mi instinto estaba por descubrir, acaso, algo interesante. Sin nada que hacer, crucé.

Y no, al cabo de unos veinte minutos me disponía a volver a mi madriguera: aburrido y ya ansiando el calor del clan en este atardecer de invierno, nada fuera de lo común encontraba en las vidrieras de los negocios que componían el laberinto. Y estaba por irme, cuando entonces, al doblar en un pasillo por el que no había circulado, me llamó la atención una joyería, medio oculta en un insospechado recodo. En realidad, no era una joyería propiamente dicha. En la vidriera no exhibían piedras de ninguna clase, sino anillos tallados en molares. Los molares provenían seguramente de ejemplares de buen tamaño, por lo que sugería la robustez de las piezas. Hasta ahora, nada fuera de lo normal. Salvo…

Salvo que uno de los anillos no representaba los motivos habituales en este tipo de joyas.

Representaba la cabeza de un humano.

Me acerqué más, hasta que el vapor de mi aliento, condensado en el cristal, me impidió ver con detalle aquel trabajo insólito. Al desplazarme a un costado de la vidriera, desde otro ángulo pude verlo mejor: el molar del anillo estaba tallado con el mismo diseño de uno que yo le había regalado a un omega, años atrás. Confieso que lamenté no haberme comprado ese anillo para mí mismo, en lugar de regalarlo: lo compré durante una migración a las Tierras Altas, que nunca repetí, y el anillo era único. Y ahora, dos décadas después, tenía un ejemplar idéntico delante de mi hocico.

Entré en el negocio, y ante mi pedido la hembra que atendía sacó el anillo de su sitio en la vidriera y me tendió una lupa. Mientras yo examinaba la exquisita joya, me habló de su proveniencia.

—¿Cuánto? —pregunté, sin dejar de contemplar ese primor de anillo, que reproducía al detalle las facciones de un humano de edad media, rapado al estilo militar y con expresión salvaje.

La hembra disparó una cifra elevada. No me preocupó: los gustos hay que dárselos en vida, antes de que la Blanca Luna se apague. Saqué de mi morral las cinco costillas de ciervo establecidas, y como estaban frescas obtuve una pequeña rebaja en el precio.

Al rato, salía yo del local luciendo mi anillo. Inusual anillo: aparte de aquel del omega —hoy un ex amigo mío, dicho de paso—, yo no había visto jamás una joya semejante.

Decidí no mostrárselo a nadie de la manada; que lo advirtieran por sí solos. Incluso no se lo mostraría ni siquiera a ningún miembro de mi familia.

Volví a la madriguera, devoré la comida que me esperaba en el plato, jugué con mis cachorros y me apareé con el amor de mi vida, a la luz del fuego que reverberaba en las paredes de la caverna.

A la mañana siguiente me desperté con la pelambre empapada de sudor, y el aullido de pánico que lancé despertó a mi hembra.

—¿Qué hay, Rogerio? —me preguntó Hermelinda, asustada, y en la oscuridad se dio a acariciarme las orejas con su pata tan afelpada y tan suave.

No le contesté más que evasivas.

Acababa de sufrir una pesadilla asaz espantosa, y no quería atemorizarla.

El anillo seguía en mi dedo, y una confusa y supersticiosa inspiración me hizo pensar que, obviamente, aquel objeto tenía algo que ver.

Porque, en mi sueño, yo me había convertido en un inmundo ser humano. Humano, entraba en una galería, en un barrio dominado por negocios de antigüedades, y en uno de esos anticuarios adquiría un anillo de plata que representaba la cabeza de un lobo con las mandíbulas repletas de colmillos y la piel del cuello acollarada. Me lo llevaba a mi casa, sin mostrárselo a nadie. En medio de la madrugada me despertaba una pesadilla asaz espantosa: los poderes del anillo —el anticuario estaba maldito— me habían convertido en un bello y majestuoso lobo. Lobo, destrozaba a dentelladas a mi esposa y a mis hijos.

Traté de recuperar el aliento, todavía sobresaltado por mi propio aullido.

Pero los pelos volvieron a ponérseme de punta. Porque ahora la que gimió de horror fue Hermelinda, apartándose de mí como si yo fuera uno de los malignos dioses de nuestras sagas. Y lo que enseguida

aulló me reveló la terrible verdad:

—¡Rogerio! Tus orejas… *¡son las de un hombre!*

SU POBRE ANGELITO

—Por qué, hijita de mi corazón. —Solo como nunca, enterrado en la austeridad monacal de aquella sala de estar más parecida a una bóveda, el hombre mayor lloraba sin consuelo—. Por qué, hijita, que ni diez años tenías vos. ¡Hijita querida, angelito mío!



Y secándose las lágrimas se preguntaba el hombre —en las últimas semanas, ya se lo venía preguntando más de la cuenta, y bien conscientemente— por qué no terminar con todo de una buena vez. Por qué no levantarse del sillón ya mismo, y sacar un revólver del armero, y a otra cosa. Porque… ¿a qué seguir, a título de qué?

Primero se le había ido Nuncia, convirtiéndolo en viudo.

Y ahora Moniquita, con apenas dos años de distancia entre una y otra.

Y ya iba para un mes que la había enterrado.

¿Por qué ellas habían tenido que irse antes, contra toda lógica, siendo él un viejo? Maldito veneno para ratas, que estúpidamente no había escondido tanto como hubiera debido.

—Hijita preciosa, por qué.

Como si pudieran dar alguna respuesta para semejante cuestión

insoluble, miró los dos dragones tallados que enmarcaban el reloj de la sala. Inútil reloj: desde que había vuelto de la Chacarita que no le daba cuerda. Se olvidaba, no había caso. De muchas cosas se olvidaba. Y, en esta noche, el insomnio, más implacable que de costumbre, le venía perforando las sienes desde que se había metido en la cama, tan vacía ahora. Estaba seguro de que no conseguiría dormir ni quince minutos. Por eso se había levantado. Para ponerle un nombre a la soledad —sí: hasta cursi se había vuelto—. Para hundir los ojos arrasados de lágrimas en los retratos de sus queridas muertas, que tenía ante sí colgados en la pared de la sala.

Pero ni siquiera sospechaba que, si hubiera girado apenas la cabeza hacia la derecha, hacia el hogar de mudos leños, habría podido distinguir, habría podido vislumbrar, muy quietita entre el marco izquierdo del hogar y el pasillo, a su angelito. Habría podido, al menos, percibirla con los ojos del deseo de un amante padre. Incluso, en esta noche de creciente producción de endorfinas —producción causada por el dolor, desde luego—, habría podido llegar a *verla*, y sin necesidad de levantarse del sillón.

Porque ella acababa de volver.

Sí: de tanto invocarla con toda esa letanía de hijita-preciosa-de-mi-corazón-y-blablablá, la pequeña Mónica había regresado.

Y tenía una misión.

En las Orillas de la Noche y de la Bruma de la Muerte —a aquellas soterradas regiones destinaba Nyarlathotep, el Caos Reptante, a los niños suicidas— le había quedado claro qué debía hacer: los Primigenios, al servicio de los Dioses Exteriores, la habían iniciado.

Miró a su alrededor, hasta donde llegaba la sutil radiación de su aura. El atizador del hogar, con sus terminaciones agudas, le sirvió para inspirarse: visualizó un arpón ballenero que había visto en una película, y le sacó filo. Y, arpón espectral en mano, se deslizó con los piecitos a ras del piso hasta el sillón. Hasta la parte de atrás del sillón.

Las instrucciones de Nyarlathotep habían sido muy precisas: Mónica "hundió" la punta del arpón en el lóbulo occipital de aquel reverendo hijo de puta, quien mediante esa acción certera entraba ahora mismo en la primera fase del Síndrome de Anton.

Misión cumplida, Mónica desapareció.

Y, flotando rumbo a las Orillas de la Noche y de la Bruma de la Muerte, celebró la ceguera, las alucinaciones y la demencia que ya habían empezado a desquiciar a ese inmundo, quien jamás permitió que su pobre angelito sin madre durmiera sola.

VUELTA Y VUELTA

En el invierno de 2003, bajo el auspicio de la Feria del Libro y de la Lengua —y bastante antes de la promulgación de la Ley Justina—, un ente encargado de fomentar en la población la donación de órganos convocó a un concurso de cuentos breves que estimularan al público a "donar vida después de la muerte". A mí me tocó ser parte del jurado. Los cuentos ganadores jamás llegaron a publicarse, y tampoco conocí los nombres auténticos de los autores. El relato que les mostraré enseguida fue el que elegí yo —a despecho de los demás jurados—, por considerarlo una eficaz propaganda para que la gente deje de temerle a la donación y se decida de una vez por todas. Los dejo entonces con el relato en cuestión, una historia que me hubiera encantado escribir yo mismo.

—Lo primero que tenés que sacarte de la cabeza, nene, es el miedo. —El capataz se rascó la pelada sudorosa, y las tres o cuatro moscas que lo sobrevolaban se alborotaron—. Yo también tenía miedo cuando entré a laburar acá.

—¿Miedo de qué?

—Y… de los finados no va a ser. Yo le tengo más miedo a los vivos que a los muertos, como dice la gente. Calculá: treinta y siete años van que laburo entre estas cuatro paredes. Aparte: ¿qué finado se me va a escapar a mí? —Sacando pecho, el capataz señaló la tapa del horno, bien asegurada (*¿Para qué carajo tanto encierro?*, se preguntó el novato) con una rosca de hierro parecida a las de las compuertas de un submarino—. Digo el miedo a los gases —siguió el capataz—. Los olores estos no te hacen nada. Tampoco el calor. —Lo miró al novato, que tragaba saliva—. Yo entré más o menos a tu edad, y lo primero que pensé era en rajarme a la primera de cambio. Y acá me tenés. Cuarenta y siete años laburando en esto, qué lo parió. La primera semana trataba de ni abrir la boca. Mirá qué boludo: pensaba que todo lo que flota por acá, que no vemos —hizo gestos con las manos, figurando cosas que revolotean—, era una especie de peste que me iba a dar cáncer si respiraba hondo.

—Como oler, muy bien no huele —arriesgó con la boca medio

cerrada el novato, a quien no se le había pasado por alto que el capataz acababa de sumar diez años de trabajo a los treinta y siete declarados en un principio.

El capataz lo miró torcido.

—No digas pavadas, nene. Si olen o no olen bien, igual no pasa nada con uno. No te vas a enfermar, quedate piola. Una vez vino acá un equipo de expertos, a valuar. Hasta minitas y todo había. Todos chetos, de corbatita. Les conté historias, qué sé yo. Enseguida se fueron a la mierda, y no jodieron más.

—¿Historias de qué?

—Historias, nene. Vos sabés. Pero te puedo asegurar una cosa, eh. —El capataz señaló con el dedo al novato—. No todas las historias que se cuentan de acá son mentira. Ya te vas a enterar.

Por qué mierda no habré estudiado, se dijo el novato, quien ya se sentía con ganas de estar bien afuera de los muros del cementerio, al aire libre. Por qué mierda tío Bebe tuvo que recomendarme al Director, y por qué mierda yo agarré viaje. Si encima es un sueldito de nada.

—Tampoco la gente que labura en esto lo hace por el sueldo —dijo el capataz, y el novato sintió que se le paraban los pelitos de la nuca. Le dieron ganas de preguntarle al capataz cómo hizo para saber qué estaba pensando, pero a lo mejor había sido una casualidad. Preguntó:

—¿Y por qué lo hacen?

—Y… A mí me gusta mi trabajo. Vení que te muestro qué tenés que hacer. —El capataz midió al "nene", de arriba abajo, y dictaminó —: A vos también te va a gustar.

Y de aquella entrevista ya han pasado tres años. Tres años y pico. El Nene —así le quedó nomás, entre los empleados del crematorio— ya está bien fogueado. Y sí: a él también le gustó el laburo. Ya no putea al tío Bebe: a fin de cuentas, al recomendarlo se había portado como un buen tío.

El Nene se acostumbró rápido, hace rato que ya duerme bien. Se acostumbró a las danzas frenéticas de los cadáveres al recibir las llamas de los mecheros, se acostumbró a verles la piel como arremangándose, se acostumbró a tener que triturar los huesos que quedan al final de cada laburo.

Y también se acostumbró a los horrendos alaridos que le llegan de tanto en tanto, y que más de una vez lo distraen de alguna siesta, panza arriba en el banco del vestuario. Porque el capataz le enseñó, cuando le tocó el primer caso —y ahí se enteró el Nene de para qué servían las roscas tipo compuertas de submarino—, que "no todos los muertos que no están muertos se dispiertan adentro del jonca, vos



viste”.

A CUALQUIERA PUEDE PASARLE

Ya no sé cuánto dura mi agonía entre las cuatro paredes de este cubículo hediondo, pero el hastío y la angustia sin remedio me hablan de eones. ¿Podré salir algún día de aquí, si pronuncio la pregunta adecuada? Igual sé que lo de la pregunta adecuada es una quimera, algo sin fundamento alguno. Un ridículo "Ábrete, Sésamo" que jamás llegará, porque la esperanza desilusiona siempre. He tenido tiempo de aprenderlo y de comprenderlo.

Todo empezó por culpa de un polvo descomunal, que nos hizo llegar al cine prácticamente sobre la hora. Yo seguí el plan que habíamos convenido en el taxi: mientras Tessy se dedicaba a imprimir las entradas que compró dos días antes por internet, me mandé escaleras abajo para el baño. La idea era reencontrarnos después en el hall del subsuelo, ya para entrar a ver la película, que arrancaría en apenas minutos.

En el baño no había nadie, así que pude elegir el mingitorio: el tercero contando desde la pared del fondo. Y estaba usándolo cuando me di cuenta de que en el baño sí había alguien. Porque desde una de las letrinas de adelante me llegó un débil gorgoteo. No se trataba del ruido del agua fluyendo por el inodoro, no. Era más bien un burbujeo, un gargarismo —no encuentro ahora mejores palabras— que sólo puede salir de la boca de una persona. Y la persona en cuestión estaba oculta a mi vista: ocupaba una de esas letrinas; yo podía verle los zapatos, que, por el brillo, acaso eran de charol.

El gorgoteo se volvió un estertor acuoso, y mientras sacudía las últimas gotas me pregunté si el tipo no estaría sufriendo un infarto.

—¿Se siente bien? —le dije, ya trabajando con el cierre, que estaría trabado por alguna hebra deshilachada.

La voz, un aguardiente ronco, no se hizo esperar:

—A vos quién te manda.

—¿Cómo quién me manda? —dije en mi confusión, y cuando terminé con el cierre fui hasta la puerta de la letrina.

El tipo no me contestó.

—Otro loco de mierda —dije fuerte, como para que me oyese bien.

Y me fui a encontrar con Tessy: la película estaría comenzando. Ya

en el pasillo, rumbo a la escalera, de lejos me llegaron huecos ruidos de golpes. Seguramente eran los puños del tipo, dándole a la puerta de la letrina.

Dos horas y media más tarde, terminada la función, volví a necesitar el toilette.

Esta vez estaba repleto —los tipos hacían cola ante los lavabos—, y el olor a meo picaba las muelas. Opté por una de las pocas letrinas que quedaban libres. Levanté la tabla, y estaba por mearme la vida cuando de mi boca partió un involuntario gorgoteo. Y ese involuntario gorgoteo se volvió una carraspera espantosa, sin que mediara mi voluntad.

—¿Se siente bien? —dijo una voz del otro lado de la puerta. Y mi contestación, tan involuntaria como el gorgoteo mismo, partió enseguida de mis labios:

—A vos quién te manda.

—¿Cómo quién me manda?

¿Era una voz idéntica a la mía la que decía esas confundidas palabras, o mi terror me lo hacía figurar?

—Otro loco de mierda —dijo el de afuera, fuerte, como para que lo oyese bien. Lo oí alejarse.

Ya lo dije: había mucha gente en el baño. Siempre sin que yo lo buscara se reanudó mi burbujeo —esa especie de gárgara—, pero nadie más me preguntó nada del otro lado de la puerta.

Un brillo en el piso me hizo volver los ojos hacia mis zapatillas. Y no me sorprendió descubrirlo: mis zapatillas ya no eran zapatillas sino zapatos charolados, de un negro resplandeciente como de laca.

Ya no sentía necesidad de orinar.

Cuando cesó el gorgoteo busqué el picaporte, pero había desaparecido. Di puñetazos contra la puerta —devenida muro—, pero nadie acudió.

Nadie acude.

Una semana y media después, habiendo agotado Tessy todas las posibilidades de dar con el imbécil de su novio, que ni el chat del Facebook se digna atender, decide pedirle una sesión a la secre del doctor Duchovny.

—Qué locos que están los tipos últimamente, la puta madre. Y eso que la última cogida fue perfecta.

MEMORIAS DE UN CAZAFANTASMAS

—Todo sucedió tal y como se lo contaré inmediatamente, doctor. Ya me han alcanzado papel y lápiz.

Y así, el paciente —a quien a pesar de su vejez habían tenido que sacar de su habitación entre dos monos— comenzó a poner por escrito su desventura.

Me encanta dejarme llevar por los fragantes laberintos del Botánico, uno de mis paseos preferidos de Buenos Aires: en el Jardín todavía quedan algunas esculturas sin depredar, se cultivan con insólito esmero miles de especies, y la oculta disposición de los senderos que se pierden entre la fronda me invita a contemplar el misterio de la finitud de todas las cosas. A pesar del reuma, procuro concurrir en días nublados: son mis favoritos, y además los escasos circunstantes me permiten vagar con mayor autonomía entre los jardines, los invernaderos y las plantaciones de hierbas aromáticas. Y la espesura impide que lleguen la cólera de los motores, las bocinas y los insultos urbanos. La fauna tampoco es desdeñable para el apasionado observador: una mañana, vi cómo un par de ratas ingentes, sin preocuparse de mi cercanía y al pie de una *Acacia spirorbis*, les disputaban a tres gatos una mandíbula; un maxilar inferior, para mayor exactitud, y perteneciente a algún varón de edad provecta —me baso en la gran cantidad de piezas dentarias que le faltaban al hueso.

Pero, lejos de despejar mi mente con tan variados elementos —nunca dije que el Jardín Botánico me despejara la mente—, el aire que se respira en sus casi diez hectáreas de puro verdor me cargan del Fluido.

El Fluido. Así llamo yo, por no encontrar mejor nombre, a la energía dejada en el Jardín por los muertos que allí fueron enterrados, testimonio de lo cual fue la mandíbula aquella. Como así también los otros restos óseos que he ido descubriendo con los años y que confirman, por si hiciera alguna falta, que en épocas bastante cercanas nuestro querido Jardín porteño funcionó como cementerio privado. Privado y *muyclandestino*, doctor, usted sabe. Pero no considero

necesario, a los efectos de mi relato, explayarme acerca de tales heterodoxas pompas fúnebres, cuya veracidad cualquier lector puede comprobar gracias a las actuales tecnologías. Más me preocupa narrar por escrito, desde la tranquilidad de su consultorio, el fenómeno que descubrí una semana antes de mi internación. El Fluido que dejan en el aire las almas en pena obra extraños milagros y alteraciones, como usted verá enseguida.

Estaba yo rodeando uno de los ombúes que dan a la avenida Las Heras, dispuesto a retirarme por la salida de Santa Fe, cuando gracias a un escándalo de alas oscuras descubrí un pájaro negro —más azul que negro, de tan negro— que ahora se posaba en una rama del ombú, a la altura de mi mirada. Al principio lo tomé por un cuervo, aunque pronto me di cuenta de que el ave era lo más parecido a una urraca que yo había visto en mi vida. La urraca, o lo que fuere —¿cómo habría llegado una urraca al barrio de Palermo?—, no movía ni una pluma. Y me miraba con los ojos más astutos del mundo. Miré a mi alrededor, y le pregunté a la urraca:

—¿Qué te has robado esta vez, bandida? —Basaba yo tal interrogante, más que en la acusación de cleptomanía que el vulgo les endilga a las urracas, en una conocida leyenda del mundo de la ópera, que tuvo por protagonista a una soprano milanesa y a una urraca: la urraca, se asegura aún hoy en los pasillos del Colón, despojó a la cantante de una de sus más preciadas joyas, lo que ocasionó un tremendo revuelo en cierto castillo—. ¿Qué cosa bella estás por ocultar en tu nido, amiguita? —insistí.

Por toda respuesta, la urraca fue descubriendo de entre sus alas un objeto alargado y rojo. Lo hacía agarrando el objeto con… *¡una mano! ¡Usaba una reluciente y pálida mano femenina, en miniatura, en lugar de una garra de ave!* Con la otra mano, por supuesto cerrada en puño, el pequeño monstruo se sostenía de la rama del ombú. Incluso en una de las uñas le advertí restos de esmalte carmesí.

Y el objeto en cuestión, alargado y rojo, era una navaja suiza.

Una Victorinox del mismo tamaño que aquella, la que me fuera obsequiada décadas atrás por mi añorada Amanda. En medio de mi terror me dije que mis estudios de ocultista aficionado estaban bien dirigidos, qué duda cabía: siempre supe que, más temprano que tarde, el Fluido que emanaba de los espíritus de los muertos terminaría por convertir al Jardín Botánico en un bosque encantado cuya influencia habría de infestarlo todo.

Y antes de que yo, temblando, me alejara de aquel prodigio diabólico, la urraca tuvo para conmigo un gesto displicente —fue como si se alzara de hombros, un gesto muy de Amanda—, soltó la rama del ombú, y en un momento desplegó una de las herramientas y tranquilamente se puso a limarse el pico con la mano femenina que

sostenía la navaja.

Corrí a casa, tan rápido como me lo permitían mis endebles piernas. Y escribo esto después de haber verificado el hurto: la navaja suiza de Amanda ya no está —no estaba— en el cajón en que yo la atesoro —la atesoraba— desde su muerte, ocho años atrás. En su lugar había —hay— una pluma. Una pluma azul de tan negra.

Sintiendo todavía en su palma la sensación de aspereza que le había quedado cuando aquel hombre le estrechó la mano al despedirse, el doctor Duchovny repasó el relato. Un relato escrito con la mejor de las caligrafías, a pesar de la nudosa garra de pájaro que había empuñado el lápiz.

ELLOS Y NOSOTROS

Del otro lado de este mundo es sabido que los panaderos —también conocidos como dientes de león— pueden crecer de un modo descomunal en cualquier terreno, y así bellamente evocan la blancura de la nieve en contraste con el verdor de las hojas de hierba. En uno de sus libros de ensayo, un novelista de allá evoca a estos conquistadores para discurrir sobre la nefasta proliferación de los adverbios terminados en "mente", y pone sobre aviso a sus colegas en formación: en una página, un par de adverbios no vienen mal; pero, cuando querés acordarte, tu texto ya está tupido por los *rápidamente*, los *fuertemente*, los *estúpidamente*, y así. Coincidimos con los de allá, pues: los panaderos son invasores por naturaleza.

Lo que no se sabe del otro lado es que de este lado los panaderos alcanzan proporciones enormes, y que además ostentan conductas que los de allá considerarían ciertamente inconvenientes. Sin ir más lejos, esta misma tarde, de paseo por el parque, vi cómo uno de ellos envolvía con su tallo a una incauta chiquita de no más de seis o siete años. Y no se contentó el panadero con inundarla de terror a la pobre: incluso la sopló, acaso pidiendo un deseo como es costumbre. La chica, en un descuido de su perro, se había soltado de la correa y echó a correr y se internó en un recodo del parque, plagado de dientes de león. Y desde mi puesto junto al Amo pude apreciar cómo el soplido del diente de león le difuminaba a la chiquita los cabellos rubios y las cejas y las pestañas y los gritos y los rasgos todos, y las orejas y la barbilla y la garganta y el pecho y la cintura y las piernas y los pies. En fin, toda ella —zapatillas y ropa incluida—, debido a la ráfaga que partió sonoramente de la copa del panadero, se esparció por el aire en una miríada de elementos neniles que terminaron por evaporarse en un sanguinolento espray. Después de cometer tal hazaña, el panadero se volvió a sus congéneres, y ellos agitaron sus propias copas, en señal de aprobación.

Ya en casa, traté de intercambiar ideas con el Amo acerca de la tragedia que acabábamos de presenciar, pero no quiso prestarme atención: estaba muy concentrado royendo el hueso que había empezado a trabajarse antes de que me sacara a pasear al parque,


imprevistamente invadido de panaderos.

LA ÚLTIMA MISIÓN DE SEAN CONNERY

Sentado a la mesa, en la soledad de la cocina, él le daba vueltas y vueltas al extraño dispositivo que tenía entre las manos. ¿Qué momento especial le pediría soñar esta misma noche, ya que estaba a punto de estrenar aquella maravilla tecnológica?

Lo cierto es que La Máquina de los Sueños —así habían bautizado a Dreamy® los cráneos de la campaña publicitaria— estaba arrasando en ventas. Todo el mundo en la oficina distraía algún ahorro para tener una, y él no fue la excepción. Pero no se la compró tanto por los presuntos beneficios psicológicos que aportaba poder soñar con lo que uno quisiera —sólo bastaba con dictarle a la inteligencia artificial del dispositivo el sueño que al usuario se le antojara tener, y esa misma noche se soñaba con aquello tan deseado—, sino para no quedar al margen de las charlas de sus compañeros. La magia de la energía psicotrónica, unida a la última tecnología desarrollada para el Gobierno por el DOI —Departamento de Onirismo Dirigido— había alcanzado también la intimidad más íntima de la gente, y el único que hasta ahora no había hablado de Dreamy® en todo Contaduría era él. Hasta ahora, bien dicho, porque también él estaba a punto de decidir qué sueño soñaría.

Al menos esto no me hará sentir tan solo, se dijo.

Ojalá que así fuera: la aplicación Siri ya no podía complacer su necesidad de comunicación. Miró con tristeza el iPhone, a la derecha del plato con los restos de las salchichas en lata. Recordó el último diálogo que había sostenido con esa inteligencia virtual y monótona:

—¿Te gustaría salir conmigo, Siri?

—¿Todavía no sabes que salimos juntos a todas partes?

Se preguntó por qué jamás había disfrutado una relación duradera con alguna mujer. Una mujer de verdad, una de carne y hueso. Alguien a quien poder amar. La mayoría de las chicas en la oficina ya estaban casadas o en pareja, y a las que quedaban solteras mejor tenerlas lejos: eran insulsas, no lo estimulaban en absoluto para mantener una conversación interesante. O para soñar juntos, por

ejemplo.

Sí: Dreamy® contaba con el His&Her, un periférico que permitía compartir electrodos con la pareja de uno. Como quienes van juntos al cine, los dos podían coprotagonizar el mismo sueño, ya sea escalar el Everest o viajar a Marte a hacerles el amor a los marcianos o vencer juntos a La Montaña de *Game of Thrones*.

—Comprátelo, flaco —le había insistido el jefe de Seguridad—. Es una paja a cuatro manos. Después a la mañana te levantás hecho un tiro, creeme.

Y ahora, convencido, él ya era un flamante usuario de La Máquina de los Sueños. Inminente usuario, mejor dicho.

Levantó las cosas de la mesa —las pocas cosas que consumía un hombre solo— y se preparó para acostarse.

Las instrucciones eran muy sencillas, y además las sabía de sobra por lo que le habían contado. De todos modos las releyó, antes de obedecerlas:

1. Conéctese el electrodo azul a la sien derecha, y el electrodo rojo a la sien izquierda.

2. Introduzca el dedo índice de la mano izquierda en el orificio de Dreamy®. No se sobresalte al sentir el calor que le irradiará desde el índice hacia el antebrazo: es agradable y absolutamente inocuo.

3. Ya dispuesto a dormir, verbalice en voz bien alta aquello que desee experimentar. Exprésese con palabras concretas, sencillas y particulares: ¡trate de vivir un sueño bien preciso!

Ahora en la cama, con los ojos entrecerrándose y con las seguras ventosas de siliconas pegadas a sus sienes, metió el dedo en el orificio y dijo en voz alta y pausada:

—En mi sueño quiero ser el protagonista de la situación más intensa que jamás pueda imaginarme.

Empezó a sentir el calor en el dedo, y enseguida el sopor lo fue ganando.

A la mañana siguiente, sin siquiera tomar el desayuno, dio aviso a Personal, por WhatsApp, de que ese día no iría a trabajar. Inventó una excusa cualquiera y mandó el mensaje.

Y sí, había que digerir todo lo que significaba el sueño que Dreamy® le había proporcionado. Que él mismo se había proporcionado, como un perfecto estúpido. Las instrucciones habían sido inequívocas, y él las había transgredido formulando una petición muy general en lugar de una muy particular.

El primer tipo que apareció en su sueño —antes de Dolph Lundgren y Sylvester Stallone, que llegarían después, los dos juntos y con sus pantalones de boxeadores, aunque sin los guantes— fue Sean

Connery. No estaba caracterizado como James Bond, con el inmaculado esmoquin, sino que se le vino muy de jovencito. Y con el bulto bien marcado se le vino, tal como en la fotografía que él había visto días atrás en Pinterest, con Sean posando en slip después de obtener el tercer puesto en el certamen de Míster Universo, a principios de la década de 1950.

UNA HISTORIA DE AMOR Y COMPRENSIÓN

Después de ordenar nuestros pedidos al mozo que nos tocó en el Escher Platz, la miré de frente. Me atreví a mirarla de frente.

La tal Maribel, la chica con que se había venido Juan Cruz al restaurante, era más espantosa de lo que yo me había imaginado. Y digo "la chica" movido no tanto por una piadosa deferencia sino por la necesidad práctica: de algún modo hay que llamar a esa aberración de shorts escoceses y pulovercito, indudablemente confeccionados a la medida de las torsiones de su cuerpo contrahecho; si uno no supiera que aquello se trataba de una hembra de la humana especie —me resisto a hablar de semejante vestiglo en términos de "mujer"—, le resultaría imposible siquiera determinarle el sexo. Porque, cuando dije recién que la chica era espantosa, no quise significar que era simplemente fea: Maribel era horrenda, sin vuelta de hoja; un monstruo que sólo gracias a estos tiempos de corrección política podía salir a la calle y sentarse —como ahora— a tomar un café con amigos. En otras épocas, esta especie de jabalí verrugoso, a la que ni siquiera le faltaban los colmillos curvos asomándose por el labio y el flequillo negro como cosido en medio de la frente, hubiera ido a parar sin más trámites a alguno de esos centros de acogida, tal como la discreción obliga a llamar a los asilos de discapacitados, piadosas ferias de fenómenos que hacen las delicias de los sádicos incurables y despiertan el horror de las buenas gentes.

Pobre amigo mío, pensé, siempre bajo la sospecha de que aquel tímido incorregible de Juan Cruz, a sus treinta y pico largos, todavía no se la había puesto a nada ni a nadie que circulara por la faz de la Tierra. De sólo imaginarlo sentado al borde de la cama con aquel bicharraco lovecraftiano se me estrujaba el corazón.

—¿Hace mucho que nos esperabas? —me preguntó Juan Cruz, en un tono que rogaba mi indulgencia, y miró la hora en su reloj de pulsera—. Se nos hizo un poco tarde, porque no calculé que Maribel no puede subirse al subte.

—Me baja la presión cuando no estoy sobre la superficie —explicó ella con una voz que sonaba a piedras entrechocándose en lo profundo

de un río barroso.

Pero no pude responderles enseguida, y no sólo por el nudo de angustia que me sujetaba la garganta: acababa de notar que la pareja de la mesa de al lado se levantaba y pagaba con toda rapidez, de seguro compelidos por una resolución que ya no les era posible postergar. La chica de la pareja tenía lágrimas en los ojos, y al salirse de la mesa luchaba por apartar la vista de la fascinante cara de Maribel. Y conste que esto de "fascinante cara" no es un sarcasmo ni nada que se le parezca. De reojo, también me miraba a mí.

—No hay problemas —dije, alzando en toda su pulcritud mis manos finas y largas, como de hiperbólico pianista—. Hoy había reservado la tarde para conocer a la novia de mi amigo.

Juan Cruz levantó los ojos directo a mis acuosas pupilas.

—La… ¿novia…? —dijo, en un balbuceo que me descolocó.

Ahora los dos me miraban fijo. En la mueca de Maribel leí desconcierto. En la mirada de ceño fruncido de Juan Cruz, la más completa incomprensión.

—¿Novia mía? —repitió él, y la sonrisa se le fue ensanchando.

—¿Novia de… *Juan Cruz*? —dijo Maribel, señalando a Juan Cruz y sonriendo incrédula. Ladeó su cabezota para mirar alrededor, como quien dice "Miren a este tipo, tan fresco".

Y el tipo tan fresco, aparentemente, era yo.

—Perdón —dije—. Vos me dijiste… —me dirigía a Juan Cruz, casi tocándole la barbilla con el índice, mesa por medio—. Vos me invitaste acá, al Escher, a que conociera a tu novia. A una chica que te habían presentado hace unos días. ¿O no?

Mi amigo puso cara de entender. Dijo, sonriente y después de morderse el labio:

—El servicio de la telefónica está imposible. Todo al revés, Juanjo.

—No te entiendo.

Ahora el que se mostraba indulgente era él. Dijo:

—Justo cuando te hice mi propuesta por el celu, la voz tuya iba y venía. Cuando me dijiste que estaba todo perfecto, que nos veíamos acá, creí que me habías entendido. —La miró a Maribel, quien desde hacía unos minutos no me sacaba de encima los voraces ojos—. Maribel, te presento a Juan José. —Ahora me habló a mí—. Juan José, te presentó a Maribel.

Y así, entre pitos y flautas, ya llevamos dos años de casados. Y felicítenme: Maribel está embarazada de siete meses.

Hacer el amor durante las primeras semanas fue, para nosotros, todo un desafío. Pero pronto Maribel logró acostumbrarse a que la sujetara por detrás con los tentáculos que parten de mi pescuezo, a

que le hundiera mi trompa prensil en el hueco paralelepípedo de su vagina, a que la penetrara simultáneamente con los cinco apéndices de tejido cavernoso que fluyen de mi bajo vientre. A decir verdad, somos bastante felices.

GRUNGE

Y lo último que sentirás es frío.

—Que te vaya lindo, Chris —decía Silvana con la voz más triste que le oí desde que veníamos curtiendo—. *On the silent night so out of place*. —Y se largó a llorar otra vez.

Yo ya no sabía cómo consolarla. Se había traído a la cama la tablet, y ahora la sostenía con unas manos que no paraban de temblar. Tenía los ojos devastados por las lágrimas, pero no podía dejar de mirar la noticia, de buscar páginas con las sentidas declaraciones de los famosos despidiendo a Chris Cornell. Mientras, en esta noche de mierda, *Finally forever* sonaba más melancólica que nunca, a tiempo completo. Y así, con ese fondo, a cada despedida que Sil trataba de leerme en voz alta, más lloraba.

Chau polvo, me dije. Y se me ocurrió que, si seguía con todo ese rollo, de tantas lágrimas podría desprendérsele la retina, o algo por el estilo. Y además me sentía bastante celoso, a decir verdad: ¿lloraría por mí tanto como por este tipo, si me muriera? No, de ningún modo, si ni hacía tres meses que salíamos. Decidí emplear terapia de shock: a lo mejor, si conseguía que se enojara un poco, cortaba con tanto dolor y me daba bola.

—No creo que le va a ir muy lindo que digamos —dije.

Me miró, sin soltar la tablet.

—¿Qué decís?

—Que no creo que le vaya muy lindo, si con eso de "Que te vaya lindo, Chris" querés decir que el tipo va a tener chances de ir al cielo. Si se ahorcó en el baño, fue.

Ahora sí dejó la tablet en la mesa de luz, y las tetas firmes le oscilaron cuando se apoyó en un codo para mirarme mejor. Al enjugarse las lágrimas con el dorso de la mano me di cuenta de que estaba recontracaliente.

Lo estás logrando, Negro, me dije: por lo menos la pelotuda paró de llorar.

—Los suicidas van al infierno, Sil. Todo el mundo lo sabe. Y este pibe… —dije esto figurando con una mano encima de la cabeza que

una soga tirante me envolvía el cuello— se ahorcó en el baño.

—¿Sabés una cosa, Negro? —Ahora se había sentado frente a mí de un salto, y se le atropellaban las palabras, de tanta bronca—. Vos sos un perfecto pelotudo. Rajá de mi cama, querés.

Y estaba por responderle, cuando le noté algo raro en el ojo. En el ojo derecho.

—Quedate quieta —le dije, y mi tono la habrá preocupado, porque obedeció—. Mirá para arriba. —Miró para arriba. Dijo:

—¿Qué tengo, qué pasa?

Me acerqué más, quedamos frente a frente. Miré con mayor detenimiento. Y lo que vi me erizó la piel. ¿Lo estaría imaginando? A las tres y pico de la mañana, uno puede imaginarse cualquiera.

—¿Qué tengo? —insistió Silvana.

—Unos ojos hermosos —dije, pero el horno no estaba para bollos —. Apaguemos la luz, que mañana me junto con mi director de tesis.

—Pero qué tengo, qué viste.

—Nada, nena, está todo bien. Me pareció nomás.

—Qué fue lo que te pareció.

—No tiene importancia. Apaguemos de una vez. Mañana, con lo de la tesis…

—… la tesis de cómo ser el novio más pelotudo del mundo —dijo ella, y apagó la luz del velador—. ¿Por qué me dijiste eso del infierno, pobre Chris?

—Por lo menos, dejaste de llorar.

No me contestó. Al poco rato me llegó su respiración profunda, alternada con ronquidos leves.

Las cuatro y cuarto de la mañana, y yo no consigo dormirme.

Y no es sólo por este dolor en la garganta, que inexplicablemente crece y crece como si una garra me la oprimiera. No consigo dormirme, sobre todo, porque no puedo sacarme de la cabeza a aquel ser en miniatura. Hablo del homúnculo que hace una hora he visto apareciéndose por la comisura del ojo derecho de Sil como quien se asoma desde una ventana. Tenía las mismas lanas rubias que en el video del último concierto con Soundgarden. Y la barbita en punta, incluso en su casi imperceptible pequeñez, me hizo pensar en la típica barba del demonio.

Sil duerme, ajena a mis locos pensamientos. Ajena a la tensión que me arde más y más en medio del pecho vuelto brasa. ¿Por qué ella no sintió nada en el ojo, hace un rato? Yo vi lo que vi, no tengo dudas. Con sus apenas cinco milímetros, aquello se había mostrado de medio cuerpo, bien destacado y en relieve. Sujeto entre el párpado inferior y el ojo, su torso mínimo, la diminuta cabeza y los brazos minúsculos le

contrastaban con la blancura de la esclerótica.

Y en las manos no llevaba su micrófono de vocalista.

Llevaba una soga.

Una soga que tensaba probando su asfixiante firmeza.

Y me miraba directo a los ojos. Estos mismos ojos que ahora ven sin ver una miríada de estrellas. Una inmensidad de destellos que se extinguen veloces, uno a uno y finalmente para siempre, en la oscuridad más implacable.

DE TRAMPA

A Claudia Cortalezzi.

El Gordo dejó atrás el pinar y llegó a la orilla del río, que resultó ser de aguas sombrías y acaso profundas. Alzó la mirada hacia las montañas nevadas de San Martín de los Andes: un paisaje de película, tal como lo sugerían las imágenes de TripAdvisor. Al darse vuelta para calcular a cuántos centenares de metros quedaba la cabaña, vio en lo alto y entre los pinos la brizna de humo que salía por la chimenea, contrastando con el celaje del mediodía. Y se dijo que no debería demorarse mucho en su primera exploración: Jenny ya tendría listo el estofado de ternera que le había prometido como primer almuerzo de su luna de miel.

Al volver la vista al río, en la placidez del remanso y a apenas tres pasos, él descubrió enredada entre los juncos una mano. Una mano pequeña. La mano de un chiquito, que se agitaba como pidiendo auxilio.

El Gordo era un buen hombre —de chico soñaba con ser rescatista y esas cosas—, así que su primera reacción fue la de echarse al agua. La segunda reacción es casi indescriptible, pero trataré de hacer mi mejor esfuerzo: al sentir que una cadena de carne espinosa le envolvía el tórax con la fuerza de una serpiente constrictora, y que a través del agua, arriba, el sol se le iba haciendo más y más lejano a medida que aquello lo arrastraba a las profundidades, el filántropo pensó en la última imagen que había visto de su flamante esposa antes de salir de la cabaña, a explorar el terreno: Jenny cortando la ternera en cubos con un cuchillo que él le había regalado días atrás, un santoku idéntico al que Arguiñano usa en la tele.

Cuando Jenny, preocupadísima porque el Gordo no le contestaba el celu, llegó a la orilla del río según el camino que él le había indicado antes de salir “de exploración”, lo primero que vio —sorprendida, más que horrorizada— fue algo blanco moviéndose entre los juncos del remanso. La mano de un chiquito, que se agitaba como pidiendo auxilio.



TIPO MONZÓN Y LA MUY BRUJITA

Domingo. Y domingo de Mariela: habíamos quedado con aquella en que, domingo por medio, a la nena la paseaba yo. Y acá estamos los dos, después del McDonald's, en el estúpido shopping de Martínez que en la semana me recomendó un estúpido compañero del banco. Divertidísimos estamos en el Patio de Comidas y Juegos, no sé si se nota. En cualquier momento la enana me pregunta cuándo volvés a casa conmigo y con mamá, papi, y yo me tiro a las vías del Tren Fantasma. No hay domingo en que no me lo pregunte, la puta madre. Y, para colmo, cuando subimos al tren para venir a este infierno y la llamé por su nombre, la muy brujita me corrigió:

—Hoy no me llames Mariela, que soy Bruno.

—¿Justo ese nombre fuiste a elegir?

Me miró raro:

—Los nombres no se eligen, pa.

Ya se ganó tres juguetes en las máquinas de premios, pero parece que hoy no hay nada que le ponga un poco de brillo en esos ojos grises. Es de tristeza. A veces me digo que la tristeza le cambió el color de los ojos, que yo siempre pensé —*vi*, mejor dicho— que eran celestes. Como fuese, a los juguetes se los cargo bajo el brazo, mientras ella —la misma mirada inexpresiva de los últimos domingos — trata de atrapar con los garfios de la peluchera a una Alicia que a la esclava boliviana que cosió los ojos de esa porquería le salieron medio bizcos.

Un intento, dos…, y Mariela abre más de la cuenta los ojos tristes: los garfios consiguen agarrar el pelo de Alicia en el País de los Estrabismos.

—¿Viste, pa? —me dice, después de quedar frente a frente con la muñeca, por así llamarla—. Esta peluchita se parece a mami, ¿no?

Es cierto: vista bien de frente, esta Alicia con cara de mosquita muerta se parece bastante a aquella.

—Sí que se le parece —digo extrañado, y me prendo un cigarrillo: que vengan los paquitos a joderme con que apague, me chupa un huevo. Y me muerdo la uña del índice, a la espera de *la* pregunta y bombardeado por el caos de músicas que parten de cada máquina en

este Patio de Juegos y Comidas del Tercer Nivel. Pero no: en lugar de preguntarme lo que nunca puedo responderle —¿cómo responderle que aquella se enganchó con un drogón que en este mismo momento se la debe de estar cogiendo, y en nuestra propia cama, y que encima se llama nada menos que Bruno?—, Mariela se va con su Alicia de la manito. Doy una pitada corta, y entre el humo que exhalo veo cómo las dos se alejan.

—¿Adónde vas, Mar… Bruno? —le pregunto, y cuando me doy cuenta de lo que está por hacer corro hacia ella esquivando gente tan divertida como nosotros dos.

Pero no llego a tiempo: la muñeca vuela por la terraza del Tercer Nivel, directo al asfalto de la calle, bajo las miradas sorprendidas de las madres y los padres de mierda de los demás pendejos de mierda.

Cuando, ya volviendo a la casa de aquella, le pregunté a Mariela por qué revoleaste a la pobre Alicia, que ella no tenía la culpa de ser bizca, me contestó algo muy extraño que yo recién comprendería no bien dobláramos en la esquina del departamento y viéramos la cuadra llena de policías y de vecinos y curiosos que se dicen unos a otros pobre mujer, parece que el novio drogadicto la tiró del tercer piso tipo Monzón, y vea doña el charco de sangre que se formó alrededor y cómo la cara le quedó deshecha a la pobre.

VIRAL SALIVA

Mi amigo Robby, el youtuber, era un tipo inefable: no existían palabras que pudieran explicarlo. Hablo en pasado, porque lo enterramos hace una semana. Y los hechos demostraron que siempre hay alguien más inefable que uno. Sea como fuese, las cosas sucedieron así.

El día de su muerte, almorzábamos en nuestra cantina favorita —Robby se había hecho amigo hasta del cajero, no bien fuimos la primera vez—, cuando uno de los mozos se acercó a nuestra mesa sin que ninguno de nosotros dos lo hubiese llamado.

—¿Cómo va el canal? —le preguntó el mozo a Robby, sonriente—. ¿Otro milloncito de suscriptores?

Robby dejó en el aire el tenedor, que atravesaba unos crocantes tentáculos de calamaretti, y dijo:

—Millón y medio desde la última vez que nos vimos, Claudio. El último desafío que subí se hizo viral.

Tanto el mozo como yo sabíamos de qué hablaba Robby: un fan lo desafió a escupir de emboquillada adentro de un vaso, a una distancia de un metro; Robby, sentado a la mesa, debía acertarle al vaso que tenía frente a sí, nada menos que treinta veces en sesenta minutos de video. Y Robby lo logró. Dos cámaras Canon EOS 70D y un iPhone 8 registraron el milagro. El vaso había quedado lleno hasta más de la mitad.

—Lo que no entiendo —dije yo, sin dejar de masticar mi tortilla a la española—, es de dónde sacaste tanta.

—¿Tanta qué?

—Tanta saliva, Robby. Eso me sorprende más que tu puntería. ¿Cómo hiciste?

Robby estaba por contestarme, cuando un muchacho de una mesa vecina se acercó para pedirle un autógrafo. Robby se negó, como siempre y según su política, y el mozo Claudio puso los ojos en el cielo. Y después de que el muchacho se fue desilusionado, Robby me dijo, displicente:

—Se calcula que una sola persona, con la saliva que produce durante toda su vida, podría llenar dos piletas de natación.

Negué con el dedo índice.

—Eso no responde a mi pregunta, Robby.

—La responde perfectamente —dijo Claudio, siempre parado junto a nuestra mesa.

Lo miramos.

—¿Trajeron alguna camarita? —siguió diciendo, y de un repasadorazo espantó a una mosca que sobrevolaba la fuente de calamaretti—. Yo quiero mostrarles una habilidad mía. Más que una habilidad, se van a pensar que es un efecto especial. Tengo un problema de glándulas yo. —Al decir esto, se llevó la mano a la garganta, y por ese gesto yo supuse que hablaba de sus glándulas salivales.

Robby agarró el iPhone, interesado. Y en ese momento no sospeché que esa sería una de las últimas acciones de su vida.

Porque el mozo empezó a secretar y secretar y secretar, y siguió secretando aun después de que hubo que sacar a Robby de la cantina, con los pulmones repletos de esa baba portentosa.

Cuando Claudio logró detenerse —todo termina, tarde o temprano —, les confesó a los policías y paramédicos que, al igual que yo mismo, ya chapoteaban en la cantina:

—Nunca pude bancarme que hace un mes este pendejo de mierda me negara un autógrafo para mi nena, qué vamos a hacerle.

LA ÚLTIMA FUNCIÓN

—Me da miedito —dijo la mujer mirando de un extremo a otro del corredor de los cines, y el marido asintió, sonriente y astutamente comprensivo, y le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia él, en señal de protección.

Y sí, daba miedito: era un domingo, antes del mediodía, y en el alfombrado subsuelo desde el que se accedía a las distintas salas no había un alma. Aparte del pibe que acababa de marcarles las entradas, claro. Era notable el silencioso contraste con las horas de mayor movimiento. La mujer había sacado las entradas el día anterior, por internet, y con la taquilla intacta pudo elegir cualquier butaca. Y eligió las dos mejores: fila G, al centro-centro. Como les gustaba a los dos.

Encima les tocó la última: la sala 10, la del fondo. En absoluta soledad caminaron los cincuenta metros hasta ahí, y ya antes de llegar vieron que las puertas estaban cerradas.

—Ya deben de haber empezado los *trailers* —dijo el hombre, que aun pisando los sesenta se empeñaba en hablar como los chicos—. Se oye la música desde acá. —Y abrió.

La sala estaba en penumbras, matizada apenas por los intermitentes brillos de la pantalla. Y lo que ayer había mostrado virtualmente la taquilla se verificaba hoy en la realidad: a pesar de que faltaba muy poco para la hora de la película, los únicos espectadores en todo el cine eran él y ella. Seguro que nadie más vendría. Solamente a ellos dos se les ocurría encerrarse en un cine, un domingo de sol, a ver una comedia estúpida.

—Nunca nos pasó —dijo él, sorprendido, y ella le dijo que podían sentarse donde quisieran, aunque enseguida enfiló para la fila G. Y siguió hablando en voz alta, como si estuviera en la intimidad de su propio living, ante el Samsung de cuarenta pulgadas. Se dio vuelta hacia la cabina del proyectorista, y dijo que ni siquiera ahí había nadie, y el hombre no supo que más dijo porque ya se había enredado él en un argumento posible para el cuento que escribiría esa misma noche —escribía sólo los domingos, y en un par de días tenía taller, y no quería irle con las manos vacías al grupo—. El cine era apenas una

fachada: los dos estaban siendo víctimas, sin saberlo, de un experimento que pondría a prueba su coraje. Su temple, mejor dicho, porque hacía poco que a la pareja se le había muerto un hijo, su único hijo, de treinta y dos años, y a la mujer —por eso el “miedito”— se le daba por alucinar cualquier cosa. Sí: ella andaba bien paranoica desde que el hijo falleció, pobrecito, con toda una vida por delante. Y el experimento era un asunto del gobierno. No, del gobierno mejor no: estaba muy trillado ese tema del Experimento del Gobierno. Pero algo se le iba a ocurrir al hombre, claro que sí. Las chicas del grupo lo aplaudirían, claro que sí. Y Marcus, el coordinador, lo pondría a él de ejemplo, claro que sí.

Vio que ella estaba tan extrañada como él mismo ante el hecho de que no hubiera nadie más que ellos dos en toda la sala, y a lo mejor era por eso que no les llevaba el mínimo apunte a los *trailers* de las comedias boludas —más comedias boludas— que pasaban frente a sus ojos. Y él le dijo, asimismo desinteresado:

—Esto de que estamos adentro de un cine vacío, hablando en voz alta —miró a su alrededor, verificó que nadie más había entrado en la sala oscurecida—, me hace acordar de cómo se murió Vian.

Ella lo miró, confusa.

—Boris Vian —aclaró él—. Un escritor francés, que además le gustaba tocar jazz. ¿Sabés cómo murió? Murió muy joven.

—Ni sabía quién era, imaginate.

—Me imagino. —Él sonrió con tristeza: la distancia que había entre su mujer y la literatura (la literatura en general, y especialmente la de él mismo) podría medirse en años luz—. Escribió novelas policiales, y una la hicieron película. No me acuerdo cómo se llamaba la novela, pero él no la pudo ver nunca. O sí. Jamás se sabrá.

—No te entiendo. ¿Murió antes del estreno el tipo?

—Antes del estreno. Pasaban la película para los productores, y lo invitaron a verla con todo el equipo.

—Y no pudo ir porque se murió.

Él negó con la cabeza.

—Cuando terminó la película y fueron a la butaca a ver qué pensaba, a ver si le había gustado, lo encontraron muerto. Nunca supieron si le había gustado o no le había gustado. A Boris Vian le había dado un infarto mientras pasaban la película. ¿Te imaginás la gente? ¿Enterarte de que estuviste viendo una película, con un muerto a un par de filas de la tuya?

—Callate. Por favor.

—Y acabo de acordarme ahora, mirá: *Escupiré sobre vuestra tumba*. Así se llamaba el policial.

—Qué asco, por favor. Eso de escupir, digo. En la tumba de

alguien.

—Sí claro. Un asco.

Y al margen de la simpleza de aquella gansa vieja, mientras empezaba la película al hombre se le dio por imaginar otro posible argumento para el cuentazo con que deslumbraría a las pendejas del taller de escritura: ellos dos, en medio de la sala vacía y absortos frente a la película —ya no una comedia, sino una bien de terror—, no reparaban en que una presencia se iba materializando dos filas más atrás. Una presencia ectoplasmática. Boris Vian, el mismísimo autor de *El lobo-hombre* y *El arrancacorazones*, volvía al mundo. ¿Volvía como fantasma? No: volvía en carne y hueso. Y no volvía para tocar la trompeta o para revelarle a la comunidad literaria cuál era su opinión de la versión cinematográfica de *Escupiré sobre vuestra tumba*, no. Venía para atraparlos a ellos dos del cogote. Venía a estrangularlos desde atrás, como pasa en las películas berretas de terror que a Norberto tanto le gustaban. Que tanto le habían gustado, por mejor decirlo.

El hombre se dio vuelta instintivamente.

Y nada vio.

Por supuesto. ¿Qué pensaba ver? ¿A Boris Vian de saco y corbata, con las manos convertidas en garras y extendidas hacia ellos?

No, se dijo. Mejor trabajo sobre lo del experimento no-gubernamental. La muerte de un hijo siempre pega. Y no pudo contenerse, como le andaba sucediendo desde hacía unos días. Dijo, sin anestesia:

—Vos sabés que para mí Nórber se mató, ¿no?

—No empecés de nuevo con eso, tranquilizate.

—Es que cierra por todas partes lo de que fue un suicidio. —Hizo una pausa—. No puedo dormirme pensando en eso. Todas las noches.

La mujer hizo un gesto despectivo, que él vio perfectamente a través de la semioscuridad:

—Norberto se murió en un accidente, punto. Dejame ver la película, querés. —Ella iba levantando el tono, que ya se superponía a las voces que venían de la pantalla—. ¿Y por qué decís que se mató, pobrecito? —El tono era lloroso ahora, pero él no tuvo piedad. ¿Por qué habría de tenerla? Dijo:

—Él manejaba perfectamente, Gloria.

—Pero esa noche había nevado muchísimo en Bariloche.

—En Ushuaia, querrás decir.

—Bueno, es lo mismo. Como nunca había nevado en Ushuaia. Dejame ver la película, por favor. Aparte: ¿por qué iba a matarse mi Norbertito, eh? Decime. Decime, vos que sabés tanto.

Pero el hombre optó por callarse, aunque había estado por decirle

que su Norbertito se había matado porque, hiciera lo que hiciese y lograra lo que lograse, el pobre jamás había tenido por parte de ella, la madre, el mínimo gesto de cariño, la mínima aprobación.

¿Y la gente termina matándose por esas cosas?, se preguntó él, en medio del intento de concentrarse en las estupideces de aquella comedia estúpida, que mejor hubiera sido venir a ver una de fantasmas.

Y sí. Uno termina matándose por esas cosas, cuando es lo suficientemente sensible. Y cuando ama a la madre más de la cuenta. Y, sobre todo, cuando a la madre de uno, como buena neurótica, le importa un carajo que uno la ame o deje de amarla. Y, sobre todo, cuando la madre de uno se emborracha prácticamente a diario, y a los siete años le baila medio desnuda a uno, de tanto vino de damajuana, lo cual le termina provocando a uno, al chico, en el colegio —*los* colegios—, terribles problemas de convivencia, tanto con los compañeros como con los profesores. Y, más tarde, también termina produciéndole a uno, al chico —ya no tan chico, epa—, un inconfesable disfuncionamiento eréctil. Por eso a Nórber no le duraba una sola mina. Hasta puto o drogadicto podría haberles salido, si no hubiera puesto los huevos suficientes como para rajarse solo a la Patagonia.

Y también uno termina matándose, siguió diciéndose el hombre, cuando uno —también a diario— recibe un bife tras otro, especialmente a la hora de la cena, delante de toda la familia. Delante del padre cagón, que en el fondo sigue temiéndole a la hija de puta que tiene ahora mismo al lado divirtiéndose estúpidamente con la más estúpida de las comedias estúpidas. El mismo padre que todas las noches no puede dejar de ver al hijo, adentro del Audi y bajo una nevada de rompe y rasga, subiendo a los pedos al Martial. Y apagando a propósito los limpiaparabrisas para que la luneta delantera se vaya cubriendo de nieve más y más, mientras él aprieta el acelerador más y más, hasta entrar en una curva más y más. En la peor de las curvas.

Así fue que se rompió el cuello mi pobre Norberto, se dice el hombre, ahora que se prenden las luces de la sala, siempre vacía: la comedia estúpida ha terminado, y la mujer se levanta y no lo espera, como siempre, y se manda directo para la puerta. Como siempre.

Él la sigue. Pero se detiene en un peldaño de la escalera alfombrada. Porque acaba de descubrir algo en lo cual —vaya a saber por qué— no había reparado cuando entraron, una hora y media antes.

Un libro.

Un libro que alguien olvidó —¿cuándo lo olvidó ese alguien, si la de recién había sido la primera función del día?— en una butaca

cercana al pasillo, tres filas más atrás.

El hombre va hasta la butaca y levanta el libro. Y lo primero que lee es el título, que está en francés: *Elles se rendent pas compte*.

—*Con las mujeres no hay manera* —dice, recordando en un escalofrío que ese es el título en español con que se conoce a aquella otra novela policial de Boris Vian, hoy más vivo que nunca.

MONSTRUOS

Esa misma semana, yo había conocido a Ezequiel en el Paraíso del Colón —*Tosca*, 1975—, y ahora estaba en la casa, un sábado de invierno, con un objetivo muy puntual: mi flamante amigo se había empeñado en hacerme escuchar en el Grundig *Turandot*, la última ópera de Puccini. Él deliraba con la ópera, y al verme más y más entusiasmado después de cada final de acto de *Tosca* —una de las primeras óperas de mi adolescencia, y mi primer Puccini— me invitó a conocer la mejor ópera de la historia de la ópera, Marce, y ya vas a ver cómo suena en el equipo. Cinco años mayor que yo, lo recuerdo como un tipo de personalidad, aunque un tanto solitario. Hoy, después de toda una vida, creo entender el auténtico porqué de la invitación aquella.

No bien me abrió la puerta del departamento en que él y los padres porteros vivían, me llegó un vaho a sopa de verduras y puchero con repollo. Apestaba. Y no era porque estuviesen cocinando —les había tocado el timbre a la hora de la merienda, según lo convenido—. Todo en ese lugar era húmedo, oscuro y pegajoso, muy parecido a la gente que habitaba aquella cueva de ambientes minúsculos, muebles apolillados y paredes altas: Ezequiel y la madre, enmarcados en esa atmósfera, se veían asimismo como dos criaturas húmedas, oscuras y pegajosas —del padre no puedo hablar porque no estaba: según me explicó Ezequiel, andaba visitando parientes en Entre Ríos—. Con mis diecisiete años, era la primera vez que yo entraba ahí, y ahora que lo pienso fue también la última.

Escuchamos *Turandot*, sí. La versión de Birgit Nilsson y Jussi Björling, nombres que con los años se me volverían entrañables. De tanto en tanto —*Turandot* dura casi dos horas—, la madre de Ezequiel entraba en la pieza. Por si necesitábamos algo, supongo. No bien la vi cuando me habían recibido los dos en el hall, mi primera impresión fue la de estar frente a una masa de harina retorcida y vertical, con prominente nariz y apenas formas de mujer. Era más baja que Ezequiel, y mestiza: Ezequiel, rubio y de pelo ondulado y ojos celestes, no se le parecía en nada.

Y estábamos él y yo a solas, comentando la euforia que me produjo

esa primera audición, y entonces Ezequiel mira su reloj de pulsera y dice:

—Vuelvo en diez, quince minutos. Mamá salió, y a esta hora tengo que incinerar la basura. ¿Venís abajo? De paso conocés la caldera.

Lo miré, dudando.

—Mejor me quedo acá —dije—. Me gustaría leer el folleto que viene con los discos. Cómo canta esta gente, por favor. Y la orquesta es un infierno. ¿Cómo hacen?

—Dale, aguantame acá.

Ezequiel se fue, oí el traqueteo del ascensor de jaula rumbo al sótano. Y empecé a leer entonces la historia de cómo Puccini había decidido poner en música la perversión de aquella princesa china enamorada muy a su pesar, cuando un ruido a ronquera me sacó de mi abstracción. Hice la cuenta en un segundo: que yo supiera, sin Ezequiel ni la madre ni el padre, sólo quedaba yo en el departamento. ¿Y quién era el de esos ásperos y silbantes jadeos, que se venían y se venían?

Dejé el folleto sobre la mesa de luz, y por instinto cerré los puños: los estertores —yo ya conocía esa palabra— sonaban afuera de la pieza, ahí nomás, y Ezequiel al dejarme solo no había cerrado la puerta.

Entonces vi aquello. Cuando apareció en el umbral.

Nunca jamás había yo visto a un mogólico —así se los llamaba a los Down en aquel tiempo—, de tanta edad. Era muy gordo y muy ovoide, con los hombros caídos y los brazos curvos y pegados al cuerpo. Era la versión babosa y achinada de Ezequiel, con un moco largo que le pendulaba por debajo de la barbilla. Se quedó parado en el vano de la puerta, mirándome y sin dejar de carraspear ese torrente de flemas que me abrumaba de pánico.

Me obligué a salir de mi parálisis y me di vuelta para buscar algo con qué defenderme, por si se le ocurría avanzar. Y cuando volví a ponerme frente a él, esta vez con una imbécil paleta de playa en la mano, el monstruo había desaparecido.

Corrí a cerrar la puerta, que no tenía llave, y usé mi propio cuerpo de barricada, de espaldas a la puerta y clavando los talones al piso. Y rogando por Dios que aquello no quisiera entrar de nuevo.

Dos minutos después llegó Ezequiel:

—Qué hacías con la puerta cerrada.

En esa época yo era bastante tímido, y lo único que atiné a decirle fue:

—Cerré por la corriente.

—Ah.

Me fui media hora más tarde, y mientras Ezequiel me llevaba hasta

la puerta yo miraba de reojo los cuartos que iban interrumpiendo el pasillo.

Pasaron los años, y junto con los años pasaron las temporadas de ópera —con puestas en escena cada vez más ridículas, con cantantes cada vez menos rutilantes—, y a Ezequiel me lo cruzaba de tanto en tanto en el Paraíso. Nunca pudimos ser amigos del todo.

Dejé de verlo durante mucho tiempo. Y cuando ya sospechaba que jamás volvería a toparme con él, lo descubrí en el subte. Aunque con nada de pelo y los ojos celestes más acuosos, lo reconocí enseguida. Él también me reconoció enseguida, y vaya a saber por qué mecanismos de la inercia me propuso ir a tomar algo.

—La verdad, no tenía excusas para negarme —dije, ya en la calle.

—Y por qué habrías de negarte. Pongámonos al día.

—Tenés razón.

Habíamos bajado en Plaza Italia, era julio, y en medio de las vacaciones de invierno nos costó encontrar algún bar con poca gente.

Después de ordenar los cafés, hablamos de generalidades —trabajo / novias / divorcios / nietos—, y en un momento me dijo:

—¿Te acordás de aquella *Tosca*, con Luisa Sofía? Más de cuarenta años pasaron.

Negué con la cabeza.

—No era con Luisa Sofía —dije—. Ese domingo nos tocó con la Dimitrova. Volví a verla en Marsella en el ochenta y seis, y también en *Tosca*. Un monstruo, eh.

No me contestó nada. Me miró. Dijo:

—¿Y a él, Marce? ¿Volviste a verlo?

Después de unos segundos, asentí. Era la primera vez que yo se lo confesaba a alguien. Y no volví a verlo una vez sola.

—Cuando mamá quedó embarazada —dijo Ezequiel, plisando una servilleta con el canto de la mano—, todavía no había manera de pronosticar si un bebé iba a salir sano o no. Vos viste. Pero la vieja era medio bruja. Vaya a saber qué intuición la llevó… a sacárselo de encima. Desde entonces, vuelve. —Se llevó las manos a la cara—. A pesar de que mamá murió ya hace años, sigue volviendo.

MI DULCE ESPERA
(**UNA HISTORIA CON HEROÍNA**)

Destripando los oídos desde los altoparlantes y a espaldas de ella, que acodada sobre la baranda de ese balcón tan cercano al cielo contemplaba la luna, los interminables corridos hacían vibrar cada rincón del penthouse, cada botella de tequila y cada copa.

Se dio vuelta, feliz. Las parejas eran esclavas de ese ritmo lento y picante de las trompetas, y los tipos y las tipas se refregaban unos con otros como acabando. Las manos y los labios y las lenguas trabajaban. En otro momento, seguir viendo todo eso la hubiera calentado, pero optó por recordar las palabras del médico, que días atrás le había confirmado sus fundadas sospechas, para enseguida asegurarle confidencialidad. Y pensó en lo contento que se pondría el Vicuña cuando ella y él se quedaran solos y le contase. En el fondo el Vicuña era un tierno, un buenazo de aquellos. Y bastante manejable también: siempre le salía con eso de que tendrías que darme un heredero, mi dulce puta.

Y cuando ya se ponía de nuevo a repasar con su imaginación todos los lujos y la vida de placeres que disfrutarían el bebé y ella, se vio rodeada entre cinco, y alguien se agazapó a sus pies y la alzó en andas, y fue el Vicuña mismo quien le enterró la jeringa en el muslo y apretó el émbolo a tope, gritándole en la cara que mis contactos nunca me fallaron, puta de mierda. Y eso fue lo último que oyó, antes de que la lanzaran contra el asfalto, veintitrés pisos abajo.

TURNO MAÑANA

Aunque el jovato no pueda advertirme, ni yo en mi condición pueda acercármele, lo veo todos los mediodías, parado en la vereda, cuando salgo del colegio. Se hace más y más viejo día a día, se achica con el paso de los años. Pero no por eso deja de ser bien cabezón. La cabeza se le ensancha para arriba como una bombita Philips, con las orejas bien separadas. Usa el mismo saquito gris, todo remendado. Siempre anda en la vereda, entre los chicos, con esos ojos medio bizcos y negros como gotas de témpera negra, y cada tanto se rasca ese bigote que con el tiempo se le vuelve cada vez más color ceniza. Cuando se va, después de que no pase nada, yo me quedo un rato en la vereda, viéndolo alejarse. Viendo cómo de tanta tristeza arrastra los pies, calzados con esos zapatos que ya se han quedado sin tacos de tanto uso. Me gusta que camine tanto.

La gente del barrio lo conoce. La gente del barrio dice que Paco va todos los días a la puerta del colegio, desde hace más de quince años, a esperar al hijo único, porque no puede soportar que se le haya muerto en un accidente, y de tan chico. Entonces, cuando ya no queda ningún pibe ni en el colegio ni en la vereda, algún rapto de lucidez le hace comprender lejanamente, y Paco se vuelve para su casa. Y es verdad: Paco viene todos los mediodías al colegio, hasta en los feriados, con una sonrisa ilusionada y la esperanza de que el chico aparezca entre los otros chicos.

Lo que no es verdad es que el chico se le murió en un accidente.

Yo sé muy bien cómo se le murió el hijo a Paco. Se le mató, mejor dicho. Y se le mató porque ya no podía bancarse más que Paco lo usara. Que lo usara a pesar del dolor y de la culpa por no atreverse a defenderse, o al menos intentarlo. Que lo usara a pesar de los gritos, que Paco le hacía acallar encajándole en la boca la punta del almohadón.

Por eso a Paco se le ponen los ojos bajos al irse, cuando salen del colegio los últimos chicos del turno mañana, y él se da cuenta de que yo no aparezco y no aparezco.

EL SECRETO DE MILONGUITA

Sin nada que hacer mientras mi mamá se encargaba de la compra, me distraje viendo cómo los distintos cortes de carne se apilaban adentro de la heladera de la carnicería, en aquel alejado extremo al que me habían llevado mis pasos. En esa zona, el vidrio exhibidor que separaba al carnicero de los clientes —sólo mamá, ese viernes tan de mañana—, deformaba con efecto de lupa los costillares, las tiras de asado, los bifes anchos como ladrillos, las roscas de morcilla y salchicha criolla. Los reflejos de la luz interna de la heladera, bien dorados, les daban un aspecto delicioso al rojo de los cortes y al blanco de los huesos.

El carnicero ya se había puesto a charlar con mamá, mientras cortaba milanesas bien parejas y finas como hojas de papel. Algo le decía del domingo, y mirá que no va a llover, Milonguita. Milonguita. Así la llamó. No la llamó Cecilia, y menos la llamó señora. Pero enseguida me desentendí de sus palabras: no podía creer en lo que acababa de descubrir al final de la heladera.

Con mucho cuidado acerqué la nariz al vidrio transparente, al que subrayaban racimos de gotas de vapor convertidas en hielo. Eso que se desplegaba sobre un estante, como acostado a lo largo… ¿Eso era o no era lo que a mí me parecía? ¿O era la luz, haciéndome ver cosas raras que se cruzaban con mi propio reflejo? Por empezar, los monos perezosos que yo había visto en el Discovery tenían unas garras terribles que usaban para colgarse, y aquello que yo estaba contemplando detrás del vidrio no. Aunque, para decir la verdad tal cual, no podía verle las manos, que me las tapaban unos huesos gordos. Y la cara de este "mono", o lo que fuese, parecía más la cara de un bebé con arrugas, o la de un viejo. Sí podía reconocerle, más o menos bien, el hocico redondo. Y también el pelaje amarillo era el de un mono perezoso maduro. Un tajo muy marcado, como de hachazo, más que de cuchillada, le dividía el hombro. Los labios de la herida eran bien abultados, si es que no se trataba de grasa de algún bife de chorizo entreverado en esa confusión. Me dio lástima pensar que ahí adentro debería de hacer mucho frío, y menos mal que esa cosa estaba muerta.

Cosa rara que sos, le dije a eso con el pensamiento, como si pudiera oírme. ¿Quién va a querer *llevarte? ¿Quién va a querer comerte?*

Y estaba por mostrárselo a mamá, que seguía siendo la única clienta y que seguía hablando con el carnicero —el carnicero ya no tenía nada más que cortar, pero igual seguía hablando con mamá—, cuando eso se movió tan de golpe que me hizo apartar bruscamente la cara del exhibidor. Incluso abrió un ojo, un ojo como de una gelatina negra, y cuando esa bola brillante me ubicó se quedó a mirarme fijo. Y cuánta tristeza vi en esa mirada. Movió una pata de atrás, como si le temblase. Y entonces vi mi propia cara reflejada en el cristal, como si eso se fundiera conmigo en una sola cara: la mía.

Yo no podía dejar de preguntárselo a mamá, de avisarle al carnicero. Fui hacia mamá y les dije:

—Qué es eso que hay ahí, al fondo de la heladera.

—Carne, nene —dijo el carnicero—. ¿Qué va a ser?

—Pero está vivo.

Mamá me miraba atenta.

—¿Escuchaste algo que no tenías que escuchar? —me preguntó directamente, y yo ni sabía de qué me estaba hablando. Y cuando quise avisarle de nuevo al carnicero que adentro de la heladera había algo vivo, y que eso vivo de ahí adentro no se parecía a nada que yo hubiera visto antes, mamá me dijo—: Eso que viste en la punta de la heladera es algo que le sirve a Atilio. —Miró al carnicero, que ahora andaba con un escarbadientes en un costado de la boca y no me sacaba los ojos de encima. Y noté en un instante que le hizo un guiño —. Eso que vos viste —volvió sus ojos hacia mí—, a la noche va a los cuartos de los chicos que cuentan cosas. ¿Qué escuchaste? Flor de novelero que sos, siempre viendo esas películas.

El carnicero Atilio rio. Y dijo, divertido:

—Sos una hija de puta, Ceci.

Pero mamá no le llevó el apunte. Siguió mirándome bien a la cara, como me mira cuando trata de averiguarme los secretos. Y me dijo:

—No quieras saber qué les hace a los chicos el Lupgarú. Porque te va a dar mucho miedo cuando salga de la heladera. ¿Qué escuchaste?

—Nada, mamá —dije, y apenas me salió la voz—. Lo único que les quería decir es que…

—Ves esta cuchilla, nene —dijo Atilio, empuñando una cuchilla más grande que la de las milanesas—. Si vos contás cosas de los grandes, el bicho ese entra de noche en tu cuarto y tiene una mano más afilada y más larga que esta cuchilla que estás viendo. Te la mete en la panza y se pone a escarbarte. Si te pincha el hígado —se pinchó la panza con el dedo, a la derecha—, te morís más despacio. Una sangre negra te sale.

Mamá sonrió moviendo la cabeza, y el carnicero la miró satisfecho. Sin soltar la cuchilla.

—Y quién es el hijo de puta ahora, Atilio —dijo mamá, a quien jamás le había oído yo una mala palabra. A papá tampoco le oí jamás una mala palabra.

—Yo lo único que quiero decirles es… —empecé a decir—. Bueno, a lo mejor no les quiero decir nada yo.

Volví al extremo de la heladera, con todas las ganas del mundo de que el mono perezoso o lo que fuera esa porquería viva no estuviera más entre los cachos de carne —soy de inventar, de imaginarme cosas —. Pero no hubo caso: el animal ese seguía ahí. Y seguía muy vivo, como suplicándome con la mirada que lo soltase o vaya a saber qué. Una espuma medio verde le salía por el costado de la boca. De entre una tira de asado asomó una mano muy larga. Más larga que la tira de asado misma.

Pensé en la cuchilla de Atilio y en la advertencia de mamá. Volví a ver mi cara en el cristal, según le daba la luz al moverme.

Cuando papá llegó del trabajo y preguntó cómo habíamos pasado la mañana, mamá le metió una mentira:

—Fui con este a una carnicería nueva —le dijo, mientras fritaba milanesas atravesándolas con un tenedor largo—. Milanesas traje. Como para probar.

—¿No son de Abilio? —preguntó papá frunciendo la nariz.

—Atilio, Heriberto —corrigió mamá, y sin que papá se diera cuenta (ella le daba las espaldas) se llevó un dedo al ojo y se estiró el párpado. Fue como si me dijera, bien clarito: “Acordate del Lupgarú”.

—Bueno, Atilio —dijo papá—. ¿No son de él?

—Atilio anda vendiendo una mercadería medio rara. —Mamá seguía cazando milanesas, dándole al tenedor y sin mirar a papá—. Mejor no sigo yendo. Ah, Heriberto. —Lo dijo como quien se acuerda de algo—. Este domingo aprovechen ustedes dos para ir a la exposición de los ferromodelistas, que abre de nuevo.

—¿Por? —Papá me daba pena, a veces.

—Porque te aviso que yo voy a ir a la Lucila, a lo de mis tías.

Podría terminar este relato contándoles a ustedes que el Lupgarú se me vino esa misma noche a mi pieza. Podría decirles que se acercó a mi cama y que me puso la filosa punta de su zarpa en la garganta y que empezó a entrar y a entrar hasta partirme la tráquea directo a la médula. Podría mentirles que yo me puse a suplicarle perdón al Lupgarú, a rogarle clemencia antes de que acabara conmigo. Pero esas serían puras mentiras. Porque yo no soy ningún buchón, y a papá no

le dije nada de que al final me di cuenta de lo de mamá y Atilio.

Los hechos, ocurridos hace más de treinta años, terminaron de un modo muy diferente. Terminaron ese mismo viernes a la noche, con papá y mamá en la cama convertida en un estropicio rojo y empapado. La primera fue ella, que roncaba panza arriba. La desperté de un puntazo al hígado. Porque quería que me viera, quería que supiera. Y antes de que pudiera ponerse a gritar le hundí el cuchillo en la boca, con mango y todo. Y le dije, viéndole los ojos abiertos como el abismo que nos estaba tragando para siempre:

—El Lupgarú soy yo, Milonguita.



RESONANCIAS

No, no había nada que hacerle: cuando la tabla rodante, camilla eléctrica o como se llamase esa carajada empezó a moverse con los mismos zumbidos que las articulaciones de Robocop, todas sus previsiones y esperanzas se le diluyeron en un pantano de adrenalina. Ya había cerrado los ojos hacía rato, momentos después de que el operador le mintiera —¡porque era una mentira, seguro!— que la resonancia duraría “apenas” catorce minutos y que le dijera, en un tuteo de toda la vida aunque recién se conociesen, pensá en cosas lindas. Pero él no podía pensar en cosas lindas. Pensaba en un nicho. Pensaba que lo estaban metiendo en un nicho, vivo. Pensaba que no podría salir de ahí nunca más. Y mientras la tabla rodante, camilla eléctrica o como mierda se llamase esa mierda lo iba introduciendo más y más en aquel tubo tan estrecho, y cuando por fin el tubo se lo tragó como si fuera una anaconda (no él sino el tubo, porque ahora acaba de acordarse de un video en YouTube, con una gigantesca anaconda tragándose vivo a un yacaré, y el pobre bicho agitando las patas y la cola hasta que no pudo agitarlas más, y no porque el encierro lo hubiera terminado de matar piadosamente por la falta de aire, sino porque el túnel de carne de la víbora ya no le permitía el más mínimo movimiento), él remontó el pasado y recordó que había descubierto su claustrofobia hacía más de treinta años, en Florencia, durante la ascensión por el interior de la cúpula de Brunelleschi, en Santa María del Fiore. Y por lo menos ese primer viaje a Europa era una cosa linda. Linda de recordar. Recordar las calles de Florencia, recordar el paseo por la ribera del Arno y la vista panorámica desde lo alto de la ciudad de techos rojos, y recordar cómo, peldaño a peldaño y mientras con su novia subían la infinitud de esa escalera helicoidal hasta la cúspide —que no se alcanzaba nunca— y las paredes se iban angostando, él no dejaba de repetirse que, si en esa ascensión le llegaba a dar un ataque de presión o un buen infarto como Dios manda, no lo salvaba ni Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos de esta eternidad de ojos cerrados y escalofriantes ruidos de hierros y bocinas —se lo habían advertido, y él lo confirmó en Internet, días antes de someterse al resonador magnético— que ya le están atravesando los tímpanos. Y ahí viene la

Virgen. No: viene mamá. Un recuerdo precioso de su tierna viejita a los treinta y pico jugando un doble damas con las amigas, mientras él con tres años le ruega —fue un ruego, aunque no podía ni hablar bien de tanto doloroso llanto— que vengas a salvarme, mami, que tengo dos clavos enterrados en la planta del pie de pisar sin querer una tabla con clavos y yo después me los saqué solo a los clavos y la sangre me desborda la zapatilla que ya no es más blanca y andá a buscar a tu padre que estoy jugando y va la tierna mamita y alza la pelota por encima de la cabeza y saca de un buen raquetazo de la raqueta recién encordada con tripas de cerdo, y la pelota pasa por encima de la red. Un recuerdo precioso, que se hace más precioso cuando él ve cómo ella sigue dándole a la *ball*, de *drive* y de revés y de bolea, como si no tuviera a su puto chiquito, a él de tres años, detrás del puto alambrado que lo separaba de la cancha de tenis, que lo separaba de ella, con el pie traspasado de sangre y ahora dándose la vuelta y queriendo correr sin poder correr y después la antitetánica —*las* antitetánicas, y encima más de medio siglo atrás la reacción en la piel era espantosa— y la mami en el buffet tomando algo después del doble damas y no en la guardia del hospital acompañándolos a él y al pollerudo del padre, que después no la levantó en peso, linda mamita buena y lindo papito valiente.

Tranquilo, mi amor, calmate.

¿Tranquilo? Quién… Quién le estaba hablando entre la maraña de cosas lindas y sonidos que se rompían el culo para ver cuál de todos era más escalofriante y las ganas de correr de morder de clavarse las uñas en la cara y que lo sacaran de entre las tripas de esa víbora.

¿Mamá?

Y hubo un silencio que duró segundos o minutos —un infierno de ojos apretados a la más absoluta oscuridad y con la respiración apretada en un sudor profuso— y también apretada la perilla de goma, la de la alarma.

—Tranquilo, señor, ya lo sacamos.

La voz del operador, que ahora sonaba peor porque no lo estaba tuteando.

—Lo sacamos ya mismo. Lo sacaríamos ya mismo. Pero…

Diez, quince minutos, quince horas o quince siglos.

—… pero hubo un desperfecto.

—¡SÁQUENME DE ACÁ, HIJOS DE PUUUTA!

Su propio grito, un grito de garganta seca, lo aterrorizó a él mismo al resonar entre las tripas metálicas de la anaconda, para morir en el silencio más atroz.

Tranquilo, Eduardito. Soy…

¿Mamá? Si estás muerta bien muerta.

Mamá, que viene a salvarte. Mamá, que viene a corregir el error aquel del doble damas. Mamá, que quiere que la recuerdes sin odio, que quiere paz y reconciliación.

Por estar muerta, la voz de la madre no sonaba para nada mal.

Vos confiá, Eduardito de mi corazón.

—Y qué tengo que hacer, mamá.

Confiar. Eso tenés que hacer. Dejame arrullarte como cuando eras tan chiquito, hijo de mi corazón que te quiero tanto. Dejame que te abrace. Así, ¿ves? Bien apretadito. Yo te abrazo mientras vos esperás que se solucione el desperfecto y te saquen de una buena vez, pelotudo.

De aquel desperfecto han pasado cuarenta años. Y el operador del resonador magnético, hoy babeándose en un geriátrico de mala muerte y con el pantalón piyama oliendo a meadas, todavía no puede responderse a una pregunta, una pregunta irrespondible, que no lo ha dejado en paz en estas cuatro décadas: ¿por qué milagro, cuando pudieron resolver el desperfecto, media hora después del colapso de energía, sacó del resonador a una señora tan simpática y tan vivaz y tan entradora, en lugar de al gordo canoso que él mismo había metido ahí adentro, sin lugar a la mínima duda, hace como cuarenta años?

Y al mismo tiempo, y en Chacarita, a cinco kilómetros de ese moridero de viejos, los miembros de la más reciente generación de todas las generaciones de gusanos que vienen habitando el nicho 136 desde hace cuarenta años, toman la posta de sus vetustos congéneres y se preguntan cómo fue que en algún momento, cuatro décadas atrás, la reseca anciana aquella de sabor tan rancio dio lugar a la carne —fresca y grasienta— de un señor entrado en carnes y de sabores tan deliciosos, que durante su larga agonía no paró de gritar a voz en cuello, dentro del cajón:

—¡SÁQUENME DE ACÁ, HIJOS DE PUUUTA!

LA TRIBULACIÓN DE UN INOCENTE SOLITARIO

Incluso se le ocurrió en un segundo de lucidez que todo era un imposible absurdo, aunque de ninguna manera se trataba de la pesadilla más espantosa de su vida. Porque eso —¡imbécil y mil veces imbécil!— definitivamente *no* era una pesadilla. Imbécil y mil veces imbécil, sí, porque su imbécil consciencia se sostenía de una esperanza imbécil, y porque la imbécil y piadosa posibilidad de que estuviera enredado en el espanto de un imbécil sueño quedaba descartada, quedaba arrollada por la realidad, por la crueldad suprema de la realidad. ¿Cómo las instancias del martirio no terminaban por desmayarlo de una vez, cómo podía soportar ese sufrimiento inenarrable sin desvanecerse o morir del dolor extremo?

A horcajadas sobre él en la cama y ahogándolo bajo un peso descomunal, el desconocido no cedía en el frenesí de su trabajo. Nunca jamás en la vida lo había visto salvo ahora, cuando el tipo entró de madrugada en el dormitorio y lo redujo sin darle la mínima oportunidad de despabilarse y defenderse. Y era como si él no se le estuviera prácticamente colgando a dos manos de esa mano de dedos como chorizos, esa mano que manipulaba sin inconveniente alguno la pinza o la tenaza o la pico de loro o lo que fuese la herramienta de tortura adentro de su boca. A cada incisivo, a cada muela arrancada —las coronas se desprendían con mayor facilidad en relación con los dientes propios—, la mezcla de sangre y saliva lo ahogaba, y casi le impedía gritar. Era como si el tipo estuviera aplicándole la llama de un soplete en cada encía que se iba vaciando.

—Ya falta poco —dijo (y eso fue lo único que él le oyó decir), dueño de una calma que condecía con el evidente y esmerado placer de triturar y palanquear hasta que el diente de turno quedase firme entre las patas de la pinza, rojo y babeante y frente a sus ojos, y las más de las veces arrastrando al final el filamento del nervio y esquirlas de la mandíbula.

El tipo se fue como había llegado: había venido de la nada, y terminó hundiéndose en la nada.

Él, atravesado de lágrimas ardientes, distinguió entre el estupor sus treinta y pico de piezas desparramadas por el piso y por aquellas sábanas que un profundo rojo impregnaba. La boca le bullía como volcán a cada bombeo del corazón.

Como pudo, logró levantarse. Ya en el baño, no se atrevía a mirarse al espejo.

Vivió cuarenta y siete años más, y vivió como había vivido siempre hasta el momento de aquel ataque insospechado: vivió sin conflictos ni enemigos. Cuando murió, hacía décadas que la boca ya se le había cicatrizado, y en ese lapso debió reemplazar sólo una vez la prótesis completa. En cuanto al dolor, iba y venía como un fantasma inconstante.

Pero ni un solo día de su vida, ni aun con la ayuda de los psiquiatras que debió consultar muy a pesar suyo, pudo él responderse a la cotidiana pregunta. Esa incógnita que intentaba acallar, pero que siempre terminaba por articular en voz muy baja, en cada vigilia de terror insomne y con los ojos clavados en la puerta del dormitorio:

—¿Por qué?

EL CELO ETERNO

—¿Tomates? —le pregunté. Apartando al gato, que seguía metiéndose y entrometiéndose por todas partes, yo ya había encontrado un cuchillo tomatero en el cajón de los cubiertos, pero todavía me faltaban los tomates para prepararle a Irena la pomodoro (*mi* pomodoro, con ajo y morrón verde) que le había prometido. Se la merecía: era nuestra primera vez, y los dos polvos que llevábamos hasta ahora calificaban uno mejor que el otro. Habíamos picado algo un rato antes de subirnos a su sillón kamasutra, y lo acompañamos con un Nicasia Malbec, pero es sabido que un apetito satisfecho despierta otro—. ¿Los guardás en la heladera a los tomates, o abajo de la mesada?

Irena me miró como quien está a punto de revelar un secreto y no se anima. Ahora me pregunto si ella no lo habrá urdido todo, bien conscientemente.

—Vení —me dijo, resuelta, y con una energía que ni le sospechaba me agarró de la mano libre y me hizo ir con ella. Al principio pensé que estaba dispuesta a otro round, pero pasó del sillón y me llevó directo al patio.

El gato nos seguía.

Más de una vez, en medio de la acción, yo había tenido que apartarlo de nosotros dos —aunque a ella no parecía importarle, ni siquiera advertirlo—: ávida en su persistencia, la bestia estaba interesadísima en todas las cosas que Irena me hacía a mí, y en todas las cosas que yo le hacía a Irena. Y en un momento, en uno de los mejores momentos, el gato me arañó la muñeca. Fue lo único que puse en el debe. La próxima vez le pediría a Irena que encerrara a aquel celoso en el baño o en donde fuese.

Cuando ella prendió las luces del patio, desde adentro, noté que, más que un patio, se trataba de un jardín. Y de un jardín muy aromático: no bien salimos —yo seguía con el cuchillo tomatero en la mano, y el gato había desaparecido— me vino la fragancia del jazmín del país, que trepaba por una pérgola hasta ponerle a la noche un manchón blanco. Los grillos no callaron sus rituales, y la luna llena blanqueaba todo con un saludable resplandor. Pensé que era increíble

disponer de una casa así, en el corazón de Palermo Viejo. Y encima Irena vivía sola. Sola con el gato, obvio.

Llegamos hasta un cantero, y entre las sombras que ponía el plenilunio distinguí unas cañas cruzadas: tomates, ella cultivaba tomates.

—Y esa cruz qué es —dije después de cortar un par, y señalé una especie de… ¿tumba? Sí: una tumbita se alzaba a ras de la tierra, junto a la breve plantación de tomates. La cruz de madera, medio torcida, se enclavaba en el montículo.

—Mi gato —explicó.

—*Otro* gato —corregí, y al mirarme la muñeca a la luz de la luna descubrí que estaba más que inflamada. Pero no tan inflamada como ahora, cuando trato de dejar por escrito este testimonio después de haber huido con cualquier excusa de aquella casa y antes de quedar horriblemente desfigurado, como es mi destino: la infección ya me toma el brazo hasta el hombro y amenaza con seguir invadiéndome, y sé que será inútil ir a la guardia del hospital que fuese—. Otro gato —repetí en aquel momento—. Otro gato aparte de… —Señalé con el pulgar hacia el interior de la casa, con un escalofrío, seguro de lo que ella estaba por decirme.

—El primer y único gato que tuve —respondió Irena—. Murió de un tumor en el cerebro el mes pasado.

LA LEYENDA DE LA IGUANA DEPRESIVA

A sus treinta y nueve años y con un ingreso de seis cifras como Directora Jefe de *Kiddymagazine*, Leda ya lo había probado TODO, y lo había probado y lo seguía probando en los más exóticos rincones del planeta. El nick con que se la conocía en los foros internacionales del porno hardcore extremo era kojoconpersonanimalocos#, pero conviene aclarar que últimamente tal nombre alternativo no le hacía honor a la verdad. Porque, en su búsqueda de novedades de imposible clasificación, Leda ya desbordaba con holgura todos los límites y excesos, el infinito y más allá. Y la sed de experiencias nuevas que le causaba su insatisfecha sexualidad sin sentido —situación de la que apenas era consciente— no lograba saciarse.

Entonces su vida cambió. Una semana después de una insomne sesión de visitas a los más escabrosos sitios de zoofilia, coprofilia, pornografía infantil y snuff de la web profunda, por el tacto frío y tubular en sus pies descubrió que una maraña de serpientes le estaba invadiendo la cama, y el roce de las escamas resbalosas y las lenguas bífidas en sus zonas más erógenas la obligó a despertar en medio de la noche.

Y así empezó a soñar con reptiles. Con serpientes y lagartos, más precisamente.

Y, muy pronto, la obsesión guio a kojoconpersonanimalocos# para que descubriera en uno de sus foros habituales lo que realmente había estado buscando, sin saberlo, durante toda su vacía existencia.

A pesar de que se venía la Feria veraniega para los más peques, y la redacción preparaba a mil por hora el nuevo número de la revista, la dueña de *Kiddymagazine* le concedió el finde largo para que se tomara sus solicitadas “minivacaciones exclusivas”.

—Nunca puedo decirte que no —le dijo la torta, escritorio por medio y con una prometedora caída de ojos.

Esa misma tarde, Leda abrió su MacBook Pro y reservó los pasajes de ida y vuelta, más el boleto del transbordador que la depositaría en aquella remota isla indonesia mencionada en el foro. Y por Trivago

consiguió un hotel lo suficientemente discreto como para pasar del todo inadvertida durante su visita a TerraKomodo®, un muy exclusivo parque temático enclavado en el corazón de la isla. Pero eso parecía simplemente una fachada: según más de un testimonio subido a los foros, TerraKomodo® escondía un burdel bestialista *muy* ilegal.

¿Será cierto?, se preguntó cuando el sistema le confirmó el hotel. Y antes de dar ENTER para imprimir los tickets pensó que había una sola manera de averiguarlo.

Sí: solamente había una sola manera de averiguarlo. Y Leda lo averiguaría muy pronto.

—Tenés que irte, Leda —le ordenó su psiquiatra, unos días después de volver de sus "minivacaciones exclusivas"—. Más que recomendártelo, te lo prescribo. —Entró en su iPhone a revisar el calendario—. Tenés unos días más de Feria, y la revista ya salió. Dejá que pase la Feria, y calladita te tomás otra licencia. Tratándose de la mejor editora del rubro, la dueña no puede negarse.

—Y qué hago, Rubén, sola en medio del campo.

—No es el campo, es la sierra.

—Y qué hago en medio de la sierra, Rubén.

El psiquiatra la miró a los ojos.

—Eso, nada. No hacés nada. Unos días sola, tomando aire en medio de la sierra, te vendrán como un bálsamo. Necesitás despejarte el bocho. —Se dio unos golpecitos en el parietal—. Necesitás… Si no fuera un chiste de mal gusto, te diría que necesitás mudar de piel.

—Estúpido.

El psiquiatra se mordió la uña del pulgar. Preguntó:

—¿Cuántas noches van?

¿Cuántas noches iban? Leda no llevaba la cuenta, porque ya se estaba habituando a despertar a los gritos en las horas más agudas de la madrugada. A despertar abrazada, estrujada por el dragón de Komodo que le habían asignado en el "parque temático", que al final había resultado ser realmente la fachada de un negocio prostibulario y bien clandestino. A su dragón, como a todos los demás pupilos del burdel, los dueños le habían extirpado las garras de las cuatro patas, y un bozal de seguridad le mantuvo cerrada la boca durante todo el acto dentro de aquel potro de madera idéntico a los que se usan en el campo para el apareamiento del ganado. Convenientes aparejos, poleas y ligaduras habían sostenido al lagarto gigante encima de la febril voracidad de Leda, para asegurar la penetración. Pero ahora, en las pesadillas, a la bestia le crecían en segundos unas garras afiladas con las que noche tras noche terminaba liberándose del bozal, de las poleas y de las sogas y del armazón de madera. Cuando sentía que el dragón estaba por aplastarla, Leda salía de su lordosis de ancas

ansiosas, y ganada por un terror sin nombre huía entre el follaje de la selva hasta caer exhausta. Y el dragón se tomaba su tiempo, y empezaba por devorarle los pies y las piernas, invariablemente. Y, cuando estaba por hundirle en el sexo su dentellada monstruosa, ella se despertaba por sus propios alaridos de pánico.

Sí, Rubén tenía razón: unos días en el campo, la sierra o lo que mierda fuese no le vendrían para nada mal.

Cuando sintió en el hombro aquel peso de fofa consistencia que venía con el agua, lo primero que pensó fue en aquella pija inmensa que se había tragado en Marruecos, en el viaje del año pasado. Enmarcada por las sierras de San Luis, se había improvisado un jacuzzi adentro de una de las ollas que formaban las rocas del río, y entre el relajador burbujeo del agua y el cuarto litro de vodka que se había bajado con el cereal del desayuno, se había ido adormilando. Y ahora la terminaba de despertar una segunda pija inmensa, que esta vez le cayó en el pecho.

Abrió los ojos al paisaje serrano, a aquel paraje desierto —ni un alma había— al que había llegado después de dar mil vueltas con la Land Rover Discovery alquilada en Potrero. Confiaba en que el GPS no la dejara en banda, en medio de tanta soledad. Pero ahora tenía otra cosa en qué ocuparse.

¿Qué había sido aquello?

Y no había terminado de preguntárselo, cuando una tercera pija gigante le cayó en el mismo hombro que la primera, para enseguida perderse entre la turbulencia del agua en bajada.

Leda se levantó inmediatamente, y en el apuro el pie le pegó contra una roca del fondo. El dolor en el tobillo fue muy intenso, pero más les prestó atención a las tres cabecitas de adelante, los tres pares de ojos negros que, emergiendo del remanso, la miraban con una callada insistencia: no eran tres pijas con ojos, sino tres lagartos. Iguanas, bien vistas. Habían venido con la corriente, bajando de las sierras, y ahora alcanzaban la orilla del remanso y caminaban —reptaban— entre las rocas. Parecían inofensivas, sí. Más que al dragón de Komodo que la había montado alternando sus hemipenes días atrás, a Leda le recordaron los orgasmos que había alcanzado entre sueños, con las serpientes lamiéndole sus huecos y pliegues más íntimos.

Juntó sus cosas, después de asegurarse de que las llaves del Discovery estaban dentro de la riñonera. Se miró las partes del torso en donde le habían pegado las iguanas: todo estaba bajo control, ni una marca le dejaron con las uñas.

Las tres seguían en el mismo lugar, observándola.

Hasta que una empezó a venírsele.

No parecía agresiva. Años atrás, en una cabaña a orillas del Atuel, en San Rafael, una iguana mucho más grande venía a visitarla todas las mañanas. Leda le había preguntado al casero si era peligrosa. Y el negro —que a cambio de la información se ganaría un buen polvo— le dijo:

—Son como perritos, nena. Si te descuidás, hasta te pueden venir a chupar las manos. A lamerte, digo. Yo les doy carne.

Pero ella en este momento no tenía carne.

—Ni siquiera una barra de cereal en la riñonera —dijo, y al sonido de su voz la iguana se detuvo, y enseguida se dio vuelta y miró a las otras dos, que seguían en sus puestos.

Entonces la iguana hizo algo muy raro: se puso a brincar como un cachorro. Y no resultaba amenazante, de ninguna manera. Más bien parecía invitarla a que la siguiese, como un perrito que busca llamar la atención.

Y Leda, que además de terriblemente reputaza se sabía terriblemente recuriosa, optó por seguirlas. Las cuatro, las tres iguanas y ella, se pusieron en camino vaya una a saber a dónde.

Renqueando entre los peñascos, vio que las paredes que bordeaban el cauce del río se hacían cada vez más escarpadas, a medida que el río iba bajando.

Que no se venga una crecida, se dijo, imaginando el tsunami de iguanas que se le vendrían encima con la correntada implacable.

Un buen rato después perdió de vista a sus tres guías, que seguramente habrían torcido en el primer recodo: no las distinguía adelante. Y el recodo lo formaba una saliente de roca que interrumpía el cauce del río, en ángulo. Parecía la entrada de… ¿una cueva?

Leda eligió tomar ese mismo recodo.

Y al asomarse no vio solamente a sus tres nuevas compañeras de fantasías, que no estaban muy lejos de ella, formadas en hilera.

Vio una legión inmensurable.

Los verdes lomos brillando al sol y contrastando con la palidez de las murallas de roca, una miríada de iguanas la veían caminar a su encuentro. Porque Leda, prácticamente apoyándose en un solo pie, avanzaba hacia las iguanas, fascinada. Un ejército imposible de pijas enfocaba sus glandes hacia la forma de su deseo, todas las miradas confluían en ella. Tupían el suelo y cada promontorio hasta donde la vista alcanzaba. Y ella podía oír el rumor de sus garras frotándose en la piedra, listas para el abordaje.

Cuando se le echaron encima, saltando desde las rocas de las alturas y desde las rocas del suelo, para sepultarla bajo sus sólidas y

vibrátiles carnaduras, Leda gritó el único orgasmo genuino que tuvo en toda una vida de aburrida y desesperada frustración.

—Hay que acercárseles despacito despacito —les enseñaba el baqueano Toribio a los nenes, con toda la familia dándose una panzada bajo el alero del rancho iluminado por la luna—. ¿Ven este lazo?

—Sí, Papó —dijeron a coro los dos chicos.

—Bueno. Ustedes van dende atrás y le entran el lazo corredizo por la cabeza, que es tan zonza que ni lo siente. Después tiran. Así, *¡zácate!* —Y Toribio cazó del cogote al más chico, y todos rieron.

La estaban acompañando con arroz, y verdaderamente sabía deliciosa.

—Es mejor que el pollo —dijo la mujer de Toribio—. Parece pollo, pero es más rica.

—Y más grande —dijo él.

Y se quedó pensando.

Realmente muy grande había sido la iguana que esa misma tarde había cazado en la orilla del río. La más grande que vio en toda su vida. Y además la pobre tenía lastimada una pata de atrás.

MARGINALIA

A Vicente Battista.

Lo sé porque me lo dijeron varios de mis lectores, y lo celebró la crítica: cuando llegaron a las últimas páginas de *25 noches de insomnio* (Editorial Bärenhaus, 2017), se sorprendieron gratamente al encontrarse con las notas que escribí para cada uno de los relatos de aquel libro: parece que asomarse a la intimidad de la creación puede resultar un deporte tan fascinante como revelar dicha intimidad. Puede que me equivoque, pero creo que la práctica la llevó al extremo Edgar Allan Poe en su ensayo "Filosofía de la composición" —según Abelardo Castillo, otro cuento de Poe—, donde el maestro revela con todo detalle el *backstage* de su gran poema "El cuervo". En este momento, de vacaciones en Mar de las Pampas, no recuerdo que algún otro autor clásico se haya mandado un estriptís tan explícito. Pero, hoy en día, narradores como Ray Bradbury, Stephen King o Neil Gaiman disfrutan mostrando sus trucos. Y los escritores que no lo hacen en el libro mismo se despachan en cartas o en reportajes. O en algún prólogo, al estilo de Jorge Luis Borges.

En cuanto a lo personal, conocer entretelones de la cocina del artista satisface mi curiosidad de lector admirado y admirador. Y, en cuanto a lo profesional, suelo examinar los planos de construcciones ajenas: el escritor que busca sinceramente aprender el oficio y profundizar en él relee con un humilde lápiz en la mano. De modo que en *#25/2* vuelvo a la carga, con las presentes notas. Los lectores poco curiosos pueden cerrar cuanto antes este libro y dedicarse a otra cosa.

Pero antes sepan que les quedo muy agradecido a todos los que fueron leyendo estos relatos durante su escritura, porque invariablemente aportaron opiniones que valieron la pena. Menciono a Florencia di Marco, Marina di Marco, Nicolás Amelio-Ortiz y Pablo Grossi. Varios de los escritores que se forman conmigo ya conocen casi todos estos cuentos —me gusta leérselos en algún recreo—, y también los enriquecieron con sus pareceres. Entre ellos, destaco a Alejandro Baravalle, Analía Pinto, Christian Gracz, Luis Lezama, Mario Zegarra, Martín Guagnini y Octavio Fernández.

Y reservo un párrafo aparte para Nomi, mi *todo*.

Morderte la lengua

Cuando en diciembre de 2016 terminé de escribir *Creepy* —libro que finalmente vino al mundo con el título de *25 noches de insomnio*—, pensé que la fiebre creadora contraída en julio de ese año se habría de aplacar. Me equivocaba: el 1 de enero de 2017, refugiado con Nomi en la cabaña "Cielo" del ya extinto complejo Amanecer en la Playa, al borde del mar de Las Gaviotas, me dije que escribir un nuevo relato, acaso para un nuevo libro, sería un buen modo de empezar el año. Y este primer cuento trajo veinticuatro historias más.

A veces, muchas veces, me da la impresión de que las relaciones entre las personas, por más firmes que sean o aparenten ser, están por desmoronarse de un momento a otro. Y eso no se lo achaco a la psicología humana en sí, sino a los tiempos que corren: decretada la muerte de Dios Padre, el sentido de la confraternidad naufragó hasta disolverse, y el individualismo más repulsivo se adueñó de las almas. Ya nadie es hermano de nadie, y así el mundo terminó por volverse un antro de fieras. Cero compromiso, y primero yo y después yo y siempre yo. La enorme cantidad de parejas hechas trizas, y que además arrastran alegremente su ruina, es un termómetro de esta situación absurda. Y la amistad, en el mejor de los casos, se convirtió en complicidad.

"Morderte la lengua" está plagado de citas y alusiones autobiográficas. Tan plagado está que mejor no revolver en ese balde apestoso. Mejor hablar de las cuestiones técnicas. Señalar la repetición de situaciones al estilo del relato "El brujo postergado", remota historia que Jorge Luis Borges supo resucitar con tal título. Remarcar el consecuente crescendo en el horror y en el grotesco. Y destacar la procedencia de la frase del final: se la escuché a un personaje de alguna película argentina clásica mientras me debatía en mi infancia de mierda.

Un aplauso para el asador

El tema del burlador burlado nunca falla, y en este caso viene con una vuelta de tuerca que creo impredecible en un 100 %. Incluso me atreví a poner la resolución del relato al comienzo, hacia el final del primer párrafo, a riesgo de echar a perder el desenlace. Pero me parece que

tal catástrofe no sucede.

Otro detalle de construcción, y que puede venirles muy bien a coordinadores responsables para usarlo con fines pedagógicos en sus talleres de escritura, es la alternancia del punto de vista, focalización disputada entre Esther —alias "la Gorda"— y Boris —también conocido como "el pedorro"—. Y el punto de vista, en este cuento, se ve reforzado por una herramienta formidable. Hablo del subjetivema. No se gasten buscando tal terminacho en el Diccionario o en la Wikipedia, porque no figuran ni en el uno ni en la otra. En cambio, pueden salir más sabios de esta página si sacan el celular y escanean el siguiente código QR:



Ver aquí

El álbum y la joven madre

Bien dice Julio Cortázar en su jugosa conferencia "Algunos aspectos del cuento": "A mí me parece que el tema del que saldrá un buen cuento es siempre excepcional, pero no quiero decir con esto que un tema deba de ser extraordinario, fuera de lo común, misterioso o insólito. Muy al contrario, puede tratarse de una anécdota perfectamente trivial y cotidiana".

Este relato tan elíptico ni siquiera partió de una "anécdota perfectamente trivial y cotidiana", sino de una situación, una escena intrascendente. Volviendo con Nomi desde el pueblo de Nono, en Córdoba, nuestro micro paró en algún rincón de San Luis. Y subió una madre con su hijo dormido, en brazos. Ya ubicada en el asiento —yo

la tenía adelante, a un par de butacas—, la madre empezó a recorrer en el celu, pulgar mediante, su álbum de fotos; de fotos normales, entiéndase. Y se ve que rondaba en mi cabeza el tenebroso asunto de aquellas fotografías *post mortem* que están tupiendo la web —escalofriantes para la sensibilidad de hoy, tan distinta a la del romanticismo que les dio origen—, porque el tema coaguló enseguida en mi ánimo. En medio del viaje, saqué de la mochila mi MacBook y escribí de un tirón el cuento. Por supuesto, después vino todo el proceso de consulta y consecuente corrección: había tantos indicios acerca de un "olor intenso", y hedía tanto la pertinente descripción, que los pocos lectores a quienes se los di a oler anticipaban el final.

Si quieren comparar una versión con otra, acá les dejo entonces la primera, la apestosa, la que me salió de un saque entre los traqueteos del micro. Las diferencias con la inodora son muy notables, y ojalá que el experimento de contrastar las dos les sirva a los escritores noveles. Y también a quienes ya están tan avanzados —tan *consagrados*— que dejan las cosas como les salieron en primera instancia.

El álbum y la joven madre

(primera versión)

¿Desde cuándo ese olor intenso iba y venía por el interior del micro? No podía precisarlo, y tampoco podía acostumbrarme a él. No se trataba precisamente de un hedor, pero se le acercaba. De todas maneras, soy consciente de que tengo un olfato muy agudo, y es muy posible que yo fuese el único pasajero que lo advertía.

Trataba de seguir con la relectura de "Cordero asado", uno de los deliciosos cuentos de Roald Dahl, pero me era imposible concentrarme en los planes de la embarazada que acababa de ejecutar a su cruel esposo. Tal vez el olor ya flotaba en el lugar —el pasaje de abajo del micro— desde que nos habíamos subido con mi mujer en el parador de la Chevallier, en Nono, unas tres horas antes. Y no se trataba de algún gas o cosa parecida: el olor era muy distinto al que podría provenir del baño, que teníamos ahí nomás aunque ocupásemos el asiento doble del fondo. Más me recordaba remotamente, aunque no era tan intenso, a las emanaciones que debimos soportar con Nomi un par de días antes, mientras bordeábamos a pie el camino que llevaba al Museo Rocsen, una de las atracciones de aquel pueblo serrano: arañando con sus raíces el asfalto de la ruta, el bosque impenetrable de los costados exhalaba como un monstruo enfermo los olores

característicos de la muerte. Estoy seguro: de poder adentrarnos entre la fronda, pronto nos encontraríamos, de tramo en tramo, con cadáveres de cuises o de zorros. Ese era el olor, repito, aunque bastante sutil.

Y estaba por preguntarle a Nomi si ella también lo advertía, cuando me llamó la atención la joven madre que había visto subir al micro, con su bebé en brazos, en Papagayos, mientras uno de los choferes la ayudaba con el bolso. La chica ocupaba un asiento doble, a dos filas adelante de la nuestra —la reconocí por el pañuelo a lunares morados con que se cubría el pelo rubio—, y desde mi asiento, ubicado sobre una especie de pedestal, pude ver cómo se entretenía con su smartphone pasando fotos con el dedo. Entre los cabezales de los asientos se asomaba la blanquísima peladita del bebé dormido, que ella sostenía con el brazo libre.

Me dije que no estaba bien espiar a la gente, y menos en una situación tan íntima. ¿Qué me importaban a mí las fotos de una desconocida? Aunque… al ver las fotos que la madre iba pasando a cada desplazamiento del pulgar me guardé mis escrúpulos. Al principio pensé que las fotos eran de su bebé, obviamente, porque en todas había un único tema: un bebé de meses. Pero después me di cuenta de que en las fotos —no eran fotos, comprobé aguzando la vista, sino típicos daguerrotipos del siglo xix— no aparecía el mismo bebé. Y también me di cuenta de otra cosa, que me puso piel de gallina: los daguerrotipos representaban imagenes mortuorias, de cuando los destrozados padres trataban de soportar lo insoportable inmortalizando en actitudes cotidianas, con la tecnología de aquellos lejanos tiempos, a sus queridos angelitos. Yo ya había visto, en la pantalla de mi Mac, más de una de esas demenciales puestas en escena. Pero, en el presente contexto, aquellas imágenes tenebrosas me parecieron mucho más tenebrosas: una joven madre debía celebrar la vida, no la muerte.

Y el olor serrano persistía. Nadie más que yo parecía notarlo.

Nomi dormía con la cortina de la ventanilla protegiéndola del sol. ¿Para qué molestarla? Al rato, yo también me quedé dormido.

Me despertó una voz de hombre: uno de nuestros choferes anunciaba que haríamos una parada de cinco minutos.

Al abrir del todo los ojos, reconocí la terminal de Río IV.

Vi que la joven madre se bajaba del micro. Me acerqué a la ventanilla, por encima de Nomi, y descorrí discretamente la cortina.

La chica ya dejaba la estación. Nadie había ido a recibirla. El bebé, en sus brazos y de cara a mí, seguía muy quieto.

¡Berp!

En la realidad, el ataque de los sapos me sucedió prácticamente tal cual lo cuento. Hoy Nomi y yo tenemos uno de estos pequeños monstruos conviviendo en el jardín y desde hace años con Santi la Tortuga, y nos resulta imposible conjeturar cómo llegó a nuestro caserón de Palermo Viejo; con el tiempo, esta bestia sin nombre se puso bien rechoncha, y a veces se olvida de su timidez y sale a cazar bichos bajo la anuencia de los dueños de casa. Pero en aquella mañana de hace mucho más de medio siglo descubrí por primera vez en mi corta vida qué es el terror extremo.

Otra cosa verídica en este relato, dictado por mi necesidad de catarsis retroactiva, es "la pelotudita en cuestión", quien en cierta reunión de "intelectuales" pretendía hacerme creer que mi cabeza lo inventó todo. A mí, justamente, que un día pude describirles a mis padres los chiches con que jugaba a los dos años, muchísimo tiempo después de que dichos juguetes desaparecieran de mi vida. Recuerdo perfectamente a mi madre con panza, embarazada de mi hermana, a quien le llevo dos años. Recuerdo la primera vez que vi, sentado en la cama entre mi mamá y mi papá, un dibujo de Tribilín, llamado Dippy en esa Argentina de fines de los 50. Mi papá dijo, en tono de broma, "Miralo a Dippy sentado de culo", y mi mamá le dijo que no dijera "malas palabras". Para bien y para mal —más para mal que para bien —, lo recuerdo *todo*. Y por eso puedo contarlo. Interpretación fuera del diván es agresión, dicen los psicólogos, aunque muchos parecen olvidar la norma. De todos modos, como sugiere ese excelente novelista que es Pablo Di Marco, la literatura es una de las formas más exquisitas de la venganza.

Homo homini lupus

A mediados de 1996 volví de un viaje a México con un regalo especial para el gran Carlos Gardini, con quien por aquella época éramos amigos inseparables y a quien le dedico este cuento, *in memoriam*. Tan imponente anillo de plata, coronado por la terrorífica cabeza de un licántropo, resumía para mí la literatura de este enorme escritor y traductor, uno de los principales referentes del género fantástico y de terror en lengua española. Yo había encontrado aquel singular anillo en una feria callejera de Guadalajara, después de haber entrevistado nada menos que a Guillermo Del Toro para la revista *La Cosa*, y durante todo este tiempo me arrepentí de no haber comprado un segundo ejemplar del anillo, para regalármelo a mí mismo. Pasaron

dos décadas, y después de la presentación en San Telmo del libro de poemas *Pequeño manual de anatomía masculina*, de Analía Pinto, fortuitamente dimos Nomi y yo con un anillo idéntico, también de plata, en una joyería del barrio. Era la última hora de la tarde, y la joyería cerraba…, y nos fuimos sin el anillo, que además de muy bello era *muy* caro. Pero durante el viaje en taxi volvió mi arrepentimiento, en versión remozada.

Llegamos a casa, y me puse a escribir este relato de licantropía invertida, y cuando terminé de leérselo a Nomi le pregunté, poniendo mi mejor cara de inocente: "¿Me merezco el anillo?". Poco después volvimos a la joyería de San Telmo —conociéndome, creo que fue al día siguiente, pero no quiero exagerar—, y en este mismo momento hago un alto en la escritura de la presente nota para admirar la cabeza del hombre lobo que siempre me acompaña y me inspira.

Carlos Gardini murió a los pocos días de la compra del segundo anillo, el 1 de marzo de 2017, dejando una obra insigne que hoy avergüenza —o debería de avergonzar— a esos auténticos licántropos que son los mandamases de las editoriales "grandes".

Su pobre angelito

Este relato —favorito de mi amigo, el guionista y director Nicolás Amelio-Ortiz— está inspirado en un viudo de carne y hueso, un tipo más severo y monacal que Savonarola. De tanto chapearla de católico, el tipo se olvidó de ser cristiano. La hija debió huir de la casa para no terminar tan loca como él: a veces la violación psicológica, consciente o no, es casi tan devastadora como la violación sexual.

Y mucho más no puedo decir sobre este hombre, a riesgo de irme de boca. Punto.

Vuelta y vuelta

Hace unos años, un alumno me mandó por e-mail el artículo "Alaridos en el horno", del periodista y experto en efectos especiales Antonio Enrique Solans. Tomá, Marce —me escribió Adrián—, a vos que te gusta el terror.

Maldita sea la hora: la nota de Solans se ocupa de ciertos casos especiales de catalepsia, esa enfermedad que Edgar Allan Poe describe en su cuento "El entierro prematuro", y es sencillamente escalofriante. Intentando exorcisarla de mi mente —soy de los que bastante a

menudo se descubren divagando entre sudores acerca del destino final de su osamenta y de sus tripas—, la usé como basamento para la presente ficción.

Lo del marco introductorio es parte del juego, no hubo tal concurso. Esas palabras iniciales las escribí pensando en el viejo truco que Poe usa en su única novela, *Narración de Arthur Gordon Pym*. Lisa y llanamente, Poe se manda una metaficción —aunque tal palabrón no se conocía en aquellos tiempos—: el prólogo de su novela está “escrito” por el propio Pym, quien detalla cómo llegó a manos de Poe el relato de sus desventuras. Yo leí la maravillosa *Narración* a mis doce años, y recuerdo que el maestro logró empaquetarme con su puesta en abismo: todavía vuelvo a sentir esa gozosa perplejidad de fluctuar entre lo verosímil y lo verdadero, renglón tras renglón. Más adelante reconocí el recurso en Gastón Leroux —*El fantasma de la Ópera*— y en Jean Paul Sartre —*La náusea*—. Y Jorge Luis Borges lo usó a troche y moche. En definitiva, sigue funcionando en su transmisión de verosimilitud, aunque el lector ya no se chupe el dedo.

Antes de pasar a la próxima nota, y con ánimos proselitistas, dejo constancia de que soy donante de órganos. Y ese dato sí que es verídico.

A cualquiera puede pasarle

Solemos ir al cine con Nomi en horarios poco habituales —casi siempre vamos al Village Recoleta—, y tal costumbre se la debemos a la imperante sobrecarga actual de derechos humanos: aborrecemos a esos indiscretos mascapochoclos que se comportan en la sala como si estuvieran en sus propias caballerizas, agresivamente ajenos a cualquier sugerencia de civilidad. Y siempre me da un poco de aprensión la soledad del baño de hombres del Village a aquellas horas tan tempranas: víctima de una imaginación calenturienta, el simple acto de mear puede convertirse para mí en un episodio de vulnerable exposición. Y la frase “Y a vos quién te manda” se la leí hace años a un “amigo” en Facebook a quien yo le había enviado un mensaje amistoso, por inbox, no sé a raíz de qué. Después de encontrarme con semejante muestra de afecto volé al perfil del tipo en cuestión. Al verle la foto, no volví a insistir: parecía sacado de una película de Martin Scorsese.

Por alguna razón misteriosa —hasta ahora nadie sabe qué mecanismos asociativos y selectivos van tramando un relato—, los dos elementos que describí en el párrafo anterior confluyeron en el *loop* infinito del que es víctima el protagonista de esta historia.

Memorias de un cazafantasmas

No todo el mundo está al tanto de que hace pocos años el Jardín Botánico de Palermo se convirtió en cementerio. Parece una leyenda urbana, pero así fue; busquen en la web, y comprobarán el piadoso devenir de ese paseo público de frondosidades tan ajenas al aburrido cemento de Chacarita. Lo que sí se sabe es que todo es posible en un bosque encantado.

Primer dato para la trivia: los lectores devotos del camarada Georges Prosper Remi —alias Hergé— habrán descubierto enseguida la identidad de la soprano milanesa a que aludo en el relato, como así también ya estarán tarareando la obsesiva melodía central de la obertura que compuso Gioachino Rossini para su ópera *La gazza ladra —La urraca ladrona—*, pieza que se me antoja precursora del actual minimalismo.

Segundo dato: tanto en este como en el cuento anterior trabaja un profesional de la salud —mental— que ya había aparecido en *25 noches de insomnio* tratando de sacarle información al asesino serial Witold Kraszewski.

Ellos y nosotros

Leyendo mis libros, o bien repasando las notas y entrevistas que circulan por la web y las opiniones que subo a diario en las redes sociales, se puede comprobar mi persistente y sistemático rechazo al estilo, la cultura y los "valores" de hoy. Deploro que el común de la gente, domesticada en sus apetencias y en sus instintos más básicos por el cáncer del progresismo, viva una vulgar, aburrida y antiheroica vida de zombi. Abandonar la fe y la tradición católica para comprar todos y cada uno de los malditos dogmas de la llamada posverdad terminó por encarrilar a la masa directo a su esclavitud, a su autodestrucción. Convencido como estoy de todo eso, no resulta para nada extraño que, sin proponérmelo, mi combativa repulsión por la actual inversión de valores se traduzca en metáforas como las que vengo perfilando en mis más recientes y oscuras ficciones. "Ellos y nosotros" es una de esas metáforas. Pienso que el tópico de los universos paralelos resulta un terreno fértil para cultivar y darle forma a este tipo de pesadillas. Terapéuticas pesadillas: por definición, los cuentos de miedo despiertan en la gente inconscientes mecanismos de defensa que le ayudan a enfrentar los horrores de la cada vez más espantosa realidad.

El novelista "de acá", preocupado por la invasión de los adverbios

terminados en el sufijo -mente, es nada menos que Stephen King. Y el ensayo suyo que menciono en mi relato se titula *Mientras escribo*, libro que afortunadamente vino al mundo después de mi *Taller de corte & corrección*.

Una curiosidad aparte: acabo de descubrir que comencé esta nota con un gerundio, lo cual es un pecado gravísimo entre los periodistas. Al decir de Borges, menos mal que tomé la precaución de ser escritor.

La última misión de Sean Connery

Esta fábula de oscura ciencia ficción está inspirada directa y conscientemente en el cuento “The First Time”, de David Kuehls: si bien los argumentos de los dos relatos son bastante disímiles, sus estructuras resultan parecidas; al menos, mientras escribía el mío, no podía sacarme de la cabeza el de Kuehls. Pueden encontrar “La primera vez” en la antología de la especialista Michele Slung titulada *Shudder Again: 22 Tales of Sex and Horror*, que en nuestro medio se conoce con el torpe título de *Caricias de horror 2. Shudder again* es una especie de secuela de la primera antología publicada por la Slung, libro que en el original porta uno de los mejores títulos que conozco, al tratarse de historias en las que copulan con todo placer y furia la literatura erótica y la literatura macabra: *I Shudder at your Touch*. Lo traduzco como *Tiemblo cuando me tocás* —lamentablemente, en Argentina le quitaron magia al bautizarlo así: *Caricias de horror*.

Dos palabras más sobre mi cuento. No sé cómo me topé en Pinterest con una fotografía de Sean Connery, irreconocible de tan joven y musculoso, cuando siendo apenas un veinteañero concursó para el título de Míster Universo —el mismo campeonato de lomos que Arnold Schwarzenegger ganó muchos años después, en 1969—. Sean salió tercero, y en la fotografía se lo ve posando junto a otros dos patovas; busquen y encontrarán. Y vaya a saber qué proceso psíquico me hizo unir los dos elementos citados —el cuento de Kuhels y la fotito del tío Sean—, y así obtuve esta historia en que el humor negro y la inquietud ante la propia sexualidad se conjugan para despertar en los lectores de ambos sexos una triste sonrisa de comprensión —efecto invariable en los miembros de mi auditorio cuando leo de viva voz este relato de horror ontológico.

Una historia de amor y comprensión

Pues eso, una historia de amor y comprensión. A medida que la escribía, al ir descubriendo hacia dónde disparaban las cosas, sentía que una sonrisa malévola me ensanchaba la cara más y más.

En cuanto a la construcción del relato, traté de que el lector no se sintiera engañado. Mejor dicho: traté de que disfrutara del engaño. Pensándolo bien, que el lector se sienta gozosamente engañado es la razón de ser de este cuento. En la historia de la narrativa, hay finales sacados de la galera, y hay finales calculados con calibre. Cuando relean el cuento, descubrirán los indicios que los fueron preparando para que la monstruosidad del narrador resulte una revelación asombrosa y no un baldazo de agua helada. Los indicios son a la narrativa lo que los cimientos a la ingeniería estructural.

Grunge

Además de los manipuladores psicológicos —como el protagonista de este relato, sólo interesado en usar a su chica—, siempre me atrajeron los suicidas. Me faltan dedos en las manos para llevar la cuenta de la cantidad de suicidas que conocí en persona, Dios tenga piedad para sus almas. Y lo más aterrador es comprobar con cuánta frecuencia se mata gente que, al menos en apariencia, había resuelto su vida para siempre jamás. Pero…, ¿qué sabemos nosotros?

Hablando de no saber, no tenía ni idea de la existencia de este músico, Chris Cornell, pero algo me decía que de la noticia de su suicidio y de los fúnebres panegíricos que lo rodearon podría sacar una buena historia.

Otro tema fascinante: cómo la increencia hace derivar el instinto de adoración hacia cualquier persona, animal o cosa que pueda encauzar en sí el culto debido únicamente a Dios. Eso se llama idolatría, y Occidente y los superhéroes y dios@s que la cultura popular inventa nos hacen pagar muy cara dicha desviación del espíritu.

De trampa

Casi a diario me descubro visitando Pinterest, y este relato es una muestra de lo inspiradoras que pueden resultar muchas de las imágenes que suele subir la gente. La única condición para crear algo interesante con ellas es que la mente de uno esté switcheada en modo garfio-de-abordaje: por más consignas de taller que existan y por más

estímulos internos y externos que reciba la psiquis, si uno no quiere ponerse a escribir, nada saldrá de su mollera. Y, si sale, no lo representará en lo más mínimo. El secreto está en no escribir sobre cualquier asunto general que venga, sino en desarrollar los temas que sintonizan con los esquemas intelectuales y afectivos de cada uno. Aprender a conocernos, averiguar sobre qué *debemos* escribir, no son sólo tareas exclusivas del principiante: son deportes que nos llevan toda la vida, y el escritor los practica escribiendo. Y leyendo. Y formándose a base de ensayo y error. Y entonces la inspiración hace el resto, cristalizando las temáticas en el ánimo de cada escritor que cree en ella —los que no creen en ella es porque jamás la experimentaron.

La simpáticamente horrenda imagen que me disparó “De trampa” es la ilustración titulada “Drowning Salvation”, de Matt Dangler.

Tipo Monzón y la muy brujita

Como sucede con todos mis relatos, este extraño episodio de magia simpática se fue escribiendo solo. No me gusta planificar la trama, no me sirve. Prefiero largarme a la aventura de ir enterándome yo mismo de lo que mis personajes quieren hacer. Es más: el único cuento que planifiqué en toda mi carrera jamás fue escrito, a lo mejor porque había perdido vapor al salir a flote antes de tiempo. Quiero aclarar que no recomiendo el método “libre” por encima del “planificado”: sé de excelentes escritores que no pueden empezar a escribir sin tener al menos un boceto de su argumento, y planificando llegan a descubrir finales realmente impactantes. Como sugiero en la nota anterior, cada cual se conoce —o debe intentar conocerse.

Hace más de veinte años, el día en que entrevisté en su casa a Abelardo Castillo para *Taller de corte & corrección*, me llevé una enseñanza extra, que lamentablemente no incluí en mi libro. No sé si podré agregarla a alguna nueva edición de *TC&C*, por una cuestión de maquetado, así que aprovecho este lugar para darme el gusto. Viene a cuento de lo dicho recién sobre el hecho de planificar o no planificar.

—Yo siempre te sigo en todo lo que decís sobre la creación literaria —le dije en un momento a Abelardo, fuera de micrófono—, pero hay algo en lo que no concuerdo. En una nota vos asegurás: “Si empieza a escribir sin saber a dónde va, tal vez tenga suerte y consiga vender eso como literatura de vanguardia”. Al margen, identificabas “literatura de vanguardia” con mamarracho, y estoy de acuerdo con el sarcasmo. Pero sé de muchos autores que empiezan a escribir un cuento sin saber a dónde van, y siempre llegan a buen puerto.

—Eso que dije —me contestó el maestro— necesita de una

precisión. En la escritura de un cuento, uno puede partir sin saber a dónde va, y en algún momento del proceso descubre una ventana que lo llevará hacia el final. Y va y se tira por esa ventana, y corona el cuento. Pero después no puede dejar las cosas como fueron saliéndole antes de encontrar esa ventana: necesariamente deberá volver atrás para poder ir sumando los indicios que hagan verosímil el final que uno descubrió. Si uno no toca nada de todo lo anterior, le dará al lector la sensación de que no sabía a dónde iba el cuento. Eso es lo que quise decir con eso de empezar a escribir sin saber a dónde se va.

Para completar este sabio concepto, examinemos cierta zona del libro *Mientras escribo*, de Stephen King:



Ver aquí

Viral saliva

Soy de la Vieja Escuela Lectora: me encanta que los relatos me enganchen desde sus primeras líneas. Y del otro lado del mostrador trato de conseguir el mismo efecto con mis lectores. Repasen el primer párrafo de este cuento: traté de que ese “Hablo en pasado, porque lo enterramos hace una semana” funcionara como un anzuelo, y creo que las últimas palabras de ese mismo párrafo son el tirón definitivo de la tanza. Siempre tengo presente el célebre consejo de Tom Wolfe de agarrar de las solapas al lector desde el arranque. Y yo agregaría: incluso cuando convenga que el cuento se inicie morosamente (un ejemplo de efectiva morosidad lo da Poe en “La caída de la casa Usher”: no hay un solo elemento gratuito en la lenta descripción de la casona y del paraje que la rodea; el relato ni siquiera empezó, y ya la

grieta en zigzag que recorre el edificio hasta adentrarse en el lago nos toma de prepo).

Estableciendo los límites que separan lo cómico de lo humorístico, “Viral saliva” es un intento de convertir en lógicamente verosímil al absurdo inverosímil. En la hipérbole salival del mozo no hay ni ciencia ficción ni horror sobrenatural: no es causada por alguna fórmula científica, y tampoco por algún hechizo. El truco para que resulte verosímil está en contarla como si se tratara de la anécdota más natural del mundo. El kafkiano universo de Kafka está contado con el mismo tono de quien relata una periódica visita al dentista.

Aparte, muchas veces lo verídico resulta inverosímil. Este cuento fue escrito un lunes, y al jueves siguiente aparece por el taller el talentoso y oscuro narrador Octavio Fernández (alias “Octi”, *aka* “El Niño Octavio”), que se vino con el cuello más parecido a un almohadilla de viaje que a un cuello, de tan hinchado. Ante la inevitable pregunta por semejante metamorfosis, mi amigo me muestra una foto suya, de días antes, con el cuello más parecido a un neumático de karting que a un cuello. Creer o reventar, Octi contó:

—Tuve problemas con las glándulas salivales.

Durante mis sesenta años de trajinar por este mundo, jamás conocí a una sola persona que haya sufrido ese mal. Y a Octavio el problema le sobrevino el mismo lunes en que yo estaba terminando mi cuento del mozo prodigioso. Y conste que entre ese lunes y el jueves no tuvimos el más mínimo contacto, ni siquiera por Facebook. Es como si “Viral saliva” le hubiera inspirado el hecho a… ¿a quién?

Tal vez responder a tan misteriosa pregunta sea materia para un nuevo relato. Pero lo cierto es que muy a menudo tengo la baudeleriana sensación de estar rodeado no de un bosque de símbolos, como el francés, sino de serendipias.

La última función

Cuando hace muchos años me enteré de la insólita muerte de Boris Vian, no sospeché que ese raro asunto me inspiraría un cuento. Y encima un cuento de fantasmas. El cine está hecho de espectros que la actual era del 8K volvió eternos, y supongo que más de una de esas entidades se dan una vuelta de vez en cuando por alguna sala penumbrosa. El uso del presente inminente, al final del relato, refuerza esa idea escalofriante.

En este cuento confluye también otra anécdota real: no recuerdo de qué película se trataba, pero fue la primera vez en que Nomi y yo estuvimos solos —absolutamente solos— en el cine. Y era una de

terror. Como también es de terror la horrenda madre de mi relato, inspirada en una horrenda madre de la vida real. Más no diré.

En suma, la conjunción de todos esos elementos fue a parar a “La última función”, como así también vino a parar acá una escena en la que un jovencísimo Frank Sinatra, desencantado de todo y manejando bajo una tormenta de nieve, apaga los limpiaparabrisas. La música y la nieve tupiendo la luneta delantera nos dan la certeza del inminente suicidio. Impresionante. Y si hay algún cinéfilo que esté leyendo esto y sepa en qué película se incluye dicha secuencia, por favor refrésqueme la memoria. Palabra de honor, lo premiaré con un mes gratis de taller en alguno de mis grupos de escritura.

Monstruos

Casi todos los hechos que cuento en la primera parte de este relato son verídicos, aunque debí retocar unos pocos detalles para imprimirle más interés a la trama. La ópera es una de mis grandes pasiones, y le debo al aquí llamado “Ezequiel” el hecho de haberme abierto ese cofre de maravillas que no deja de sorprenderme y enriquecerme. Vaya mi agradecido recuerdo para él, si llega a toparse con esta ficción, por aquella tarde en que a mis diecisiete años me cambió la vida al enseñarme la genial *Turandot* (1926), de Giacomo Puccini.

Dos elementos tomados conscientemente de otros cuentos están resignificados en el final de “Monstruos”. El primero le pertenece a Robert Luis Stevenson, y el segundo a mí mismo, salvando la infinita distancia que me separa del escocés. En el comienzo de “El ladrón de cadáveres” (*“The Body Snatcher”*, 1884), nos encontramos con dos personajes de temperamentos y fachas muy contrastantes, los dos ya viejos: el prestigioso doctor Wolfe Macfarlane y el borracho perdido Fettes, quien interpela con toda familiaridad al médico, ante el asombro de sus amigos, parroquianos como él de la posada en donde recaló el doctor. Stevenson logra un clímax emocional en esa confrontación, al establecer un pasado común entre estos disímiles personajes. Hablo del momento en que Fettes, cerrándole el paso a Macfarlane, antes de que el médico huya lo agarra del brazo y le pregunta:

> —¿Has vuelto a verlo?
>
> El famoso doctor londinense dejó escapar un grito ahogado, dio un empujón al que así le interrogaba, y con las manos sobre la cabeza huyó como un ladrón pescado *in fraganti*.

Aunque al cuento lo leí de muy chico, todavía hoy recuerdo la fenomenal intriga que me provocó la pregunta de Fettes. ¿De quién está hablando este borracho, para provocar en el otro semejante reacción de horror? En mi cuento ya se sabe de quién está hablando Ezequiel, y la muda confirmación del narrador aporta la bisagra necesaria para que el horror se imponga en la explicación que se explicita en el último párrafo.

Párrafo que también contiene el segundo elemento de que hablé, el que ya aparece en uno de mis cuentos, según dije recién. Busquen en *25 noches de insomnio* el final-final de “La víctima”, y descubrirán la autocita.

Mi dulce espera

(una historia con heroína)

Como muchos de los relatos de *#25/2*, esta historia parte de una situación auténtica. Me la contó una novia que tuve a los dieciocho: una chica molestaba bastante, dentro de un grupo —una manada de bestias, mejor dicho—, y ante una seña del macho alfa fue inyectada y lanzada al pavimento. Así, en menos de lo que se cuenta. Por eso este relato debía ser brevísimo, un chispazo. Pero no podía contar la historia verdadera tal cual sucedió: la situación, desnuda, no daba para cuento. Y entonces apareció el embarazo, cruzado con el tema del codicioso al que nada le alcanza.

Según mi hija Florencia, este relato de tan sarcástico título es el “Papilla” de *#25/2*, en cuanto a lo argumental. Y tiene razón.

Para los que llegaron recién: “Papilla” fue el cuento más votado de *25 noches de insomnio* (2017), el libro anterior a este, en una encuesta que armé en Facebook. Si quieren comparar un relato con otro, desde este código pueden ir a la muestra de *#25*, que Editorial Bärenhaus subió en su sitio.



Ver aquí

Turno mañana

El hombre que describo en este relato existió. Era tal cual: siempre lo veíamos en la puerta del Gervasio Posadas, barrio de San Cristóbal, con su saquito gris y su bigote gris y sus ojos negros, tan alegres al principio, y tan angustiados al final —Luis Chitarroni iba al mismo colegio, así que debe de acordarse—. La leyenda que se había trazado alrededor de este ser solitario contaba que al pobre se le había muerto un hijo, y que en su locura se daba una vuelta por la escuela, todos los días, a buscarlo a la salida.

Hasta ahí, la realidad. Todo lo demás es puro invento. O así lo espero.

Los coordinadores de talleres pueden usar este cuento y la presente nota para mostrarles a sus escritores en formación cómo es posible armar un personaje tomando a gente de la vida real, para después cruzarla con hechos que jamás sucedieron, a ver cómo se desenvuelven.

El secreto de Milonguita

Soñé el punto de partida de esta elíptica historia en septiembre de 2017, mientras me iba despertando en la soledad de mi habitación del hotel Epic, en Villa Mercedes, San Luis —todos los años Silvana Merlo

tiene a bien invitarme a la Feria del Libro a dar charlas y talleres—. A veces uno no sabe de dónde pueden venirle las ideas, pero en el presente caso soy bien consciente de la proveniencia de esta: la imagen de una carnicería en la que pueden encontrarse cortes *distintos* encontró en mi cabeza enferma tierra fértil para crecer.

El nombre Atilio lo saqué de un novio que se atrevió a tener mi abuela materna, mucho después de enviudar. De oficio carnicero, jamás lo conocí en persona.

Y "Milonguita" era el detestable sobrenombre con que la llamaba a mi madre un novio que tuvo después de separada, y a quien debí echar de casa por expreso pedido de ella.

Todo va a parar a la literatura, en salvaguarda de la salud psíquica de cada cual. Como diría Stephen King en la introducción de su formidable libro de cuentos *El umbral de la noche*, tengo una habilidad con la que se puede lucrar. Y le doy gracias a Dios por ese don. Muchos habitantes de celdas acolchadas no han tenido la misma suerte.

Resonancias

Este cuento fue inspirado por un excelente médico, especialista en pulmones, a quien le regalé un ejemplar de *#25* porque me cayó bien de entrada. Después de un benigno diagnóstico, Juan me instruyó sobre las diferencias entre las tomografías y las resonancias magnéticas, y cuando recordó a qué me dedicaba yo, me dijo, señalando la tapa del que sería su ejemplar:

—Yo tengo una historia que podría estar adentro de su libro. ¿Se imagina una resonancia magnética de la que uno no pueda salir?

—No puedo siquiera imaginarlo, doctor.

Pero sí, podía imaginarlo. Podía imaginarlo tanto que al día siguiente escribí esta historia de claustrofobia sobrenatural.

A mí me fue mejor que a mi *alter ego* literario: me banqué la resonancia como un duque, rezando el Santo Rosario hasta que a los quince minutos me sacaron de semejante nicho tecnológico. No fue la situación más placentera de mi vida, pero meditar sobre los misterios gloriosos usando por cuentas las yemas de los dedos hizo que mi terror irracional se batiera en retirada. En suma, no hay derrota para un cristiano.

La tribulación de un inocente solitario

No muy lejanamente asocio este relato con el argumento del cuento “El beso”, de Anton Chejov. Perdido en una laberíntica mansión durante un agasajo, un joven oficial —feo, tímido, sin suerte con las mujeres— entra sin querer en una habitación tragada por las tinieblas, y en medio de tanta oscuridad es abrazado por una fragante mujer, y además recibe de ella un beso que lo deja atontado. La besadora, que sin dudas esperaba a otro, escapa de la habitación a oscuras. Cuando el oficialito sale a la luz y consigue dar con la sala del agasajo, trata de averiguar discretamente cuál de todas las mujeres presentes es la que lo besó. No lo consigue. Y así la pregunta y el beso acompañarán al protagonista durante toda la vida, y el interrogante hará resaltar, por contraste con aquel remoto destello de felicidad, lo mediocre de su existencia. Y eso es todo. Y Chejov logra de esta manera uno de los finales abiertos más acojonantes de la historia. Cualquier respuesta o explicación decepcionarían.

Como habrán visto, los dos argumentos no se parecen en absoluto; pero la unidad de efecto buscada es la misma en cada cuento. Con el final de mi relato sucede algo parecido a lo que sucede con el final del relato del ruso: revelar la identidad del victimario y el porqué de su horrenda agresión equivaldría a dispararle al cuento con un misil. La gracia está, precisamente, en *no* responder a esas preguntas. El buen lector lo sabe, porque ya ha leído cuentos como “¿La dama o el tigre?”, de Frank R. Stockton (1882), “La salvación”, de Isidoro Blaisten (1972) o “Una costumbre que suele tener la gente”, de mi maestro Vicente Battista (1992).

Desde lo técnico, podría decirse que “La tribulación…” no tiene principio. Ese “Incluso”, como primera palabra del relato, apela a un pasado que el lector no leyó. Intenté que su confusión se acercara a la confusión del protagonista. Confusión de la que el lector va saliendo línea tras línea, hasta que se le revela la auténtica y despiadada naturaleza de la escena.

El celo eterno

Quienes hayan visto la extraordinaria película *La marca de la pantera* (*Cat People*, Jacques Tourneur, 1942) acaso recordarán que la protagonista se llamaba Irena Dubrovna, aquella inmigrante serbia proveniente de un pueblo con costumbres muy especiales. En homenaje a esta gran fábula de histeria-sexual-agravada-por-el-vínculo bauticé con el nombre de Irena a la bruja de mi relato, aunque de histérica sexual no tenga ni un ápice.

Pero el centro de gravedad del cuento es el gato fantasma, y hacia

él intento dirigir la mirada del lector, para que el auténtico cuento —"la segunda historia", al decir de Ricardo Piglia en su tesis sobre los dos planos del relato clásico— aparezca momentos antes del final: lo verdaderamente importante no es tanto la "fantasmidad" del gato, sino la infección sobrenatural que la bestia le provocó al narrador. Todo esto se conjuga en el último párrafo: los dos cuentos se vuelven uno.

Y, por si algún lector llega a anticipar lo de la verdadera condición del gato, ahí está aquello de "seguro de lo que ella estaba por decirme". El truco es simple, y lo aprendí de Robert Bloch, quien lo aplica en el demoledor final de su cuento "Nina" (1977): un personaje intuye el dato —esencial para el desenlace— que le está por revelar su interlocutor. El lector sagaz, en caso de haber adivinado esa revelación, no se sentirá defraudado: su identificación con el personaje, quien también ya sabe qué le van a decir —y lo explicita—, impedirá cualquier animadversión contra la supuesta falta de pericia del cuentista. En suma, si uno abre discretamente el paraguas aunque todavía no llueva, no hay cómo mojarse.

La leyenda de la iguana depresiva

Dentro de la cultura ochentera destaca en luces de neón y con fondo de música disco el nombre de Theodore "Ted" Robert Cowell Bundy, uno de los violadores y asesinos seriales más exitosos de la historia, con un récord de treinta y seis mujeres que, por decirlo con una figura eufemística, tuvieron la desgracia de caer en las garras de su depravación. Récord oficial, conste, porque al bueno de Ted se le calculan otras setenta muertes no comprobadas. Antes de ser achicharrado en la silla eléctrica, en 1989, este carismático monstruo —sí: era un tipo simpatiquísimo, al estilo de los villanos de Hitchcock — nos legó a los defensores de la moral tradicional el principal argumento a favor de la prohibición de la pornografía:

> La pornografía… es como una enfermedad, como una adicción. Yo seguía buscando materiales más potentes, más explícitos, más groseros. Tal como hace un drogadicto, usted desea ardientemente algo más potente, más fuerte. Algo que le proporcione mayor excitación sexual. Hasta que llega el momento en que la pornografía ya no le sirve. Y es entonces cuando uno se pregunta si, quizás haciendo algo en la realidad, experimentará más placer que el que experimenta con sólo leer o ver pornografía.

Dedico mi relato a todos aquellos quienes, esclavizados por una caricaturesca versión de la auténtica libertad, sin darse cuenta terminaron devorados —como mi desdichada protagonista— por el sistema perverso que pretende dominar el mundo para convertir a sus habitantes en obedientes consumidores de lo que a sus amos se les antoje. Tal misión del Nuevo Orden Mundial se alimenta de los llamados *gender studies* y de las ideologías que de estos dimanan. Una de sus fuerzas de choque es la enemistad decretada entre el hombre y la mujer, su comprobación son los millones de almas y familias destrozadas, sus instrumentos son los medios masivos y los lobbies parafílicos y los programas abortistas solventados por multimillonarios "filántropos", y su inspirador directo es el demonio.

Las Gaviotas, enero de 2017.
Buenos Aires, septiembre de 2018.

BÄRENHAUS

EDITORIAL